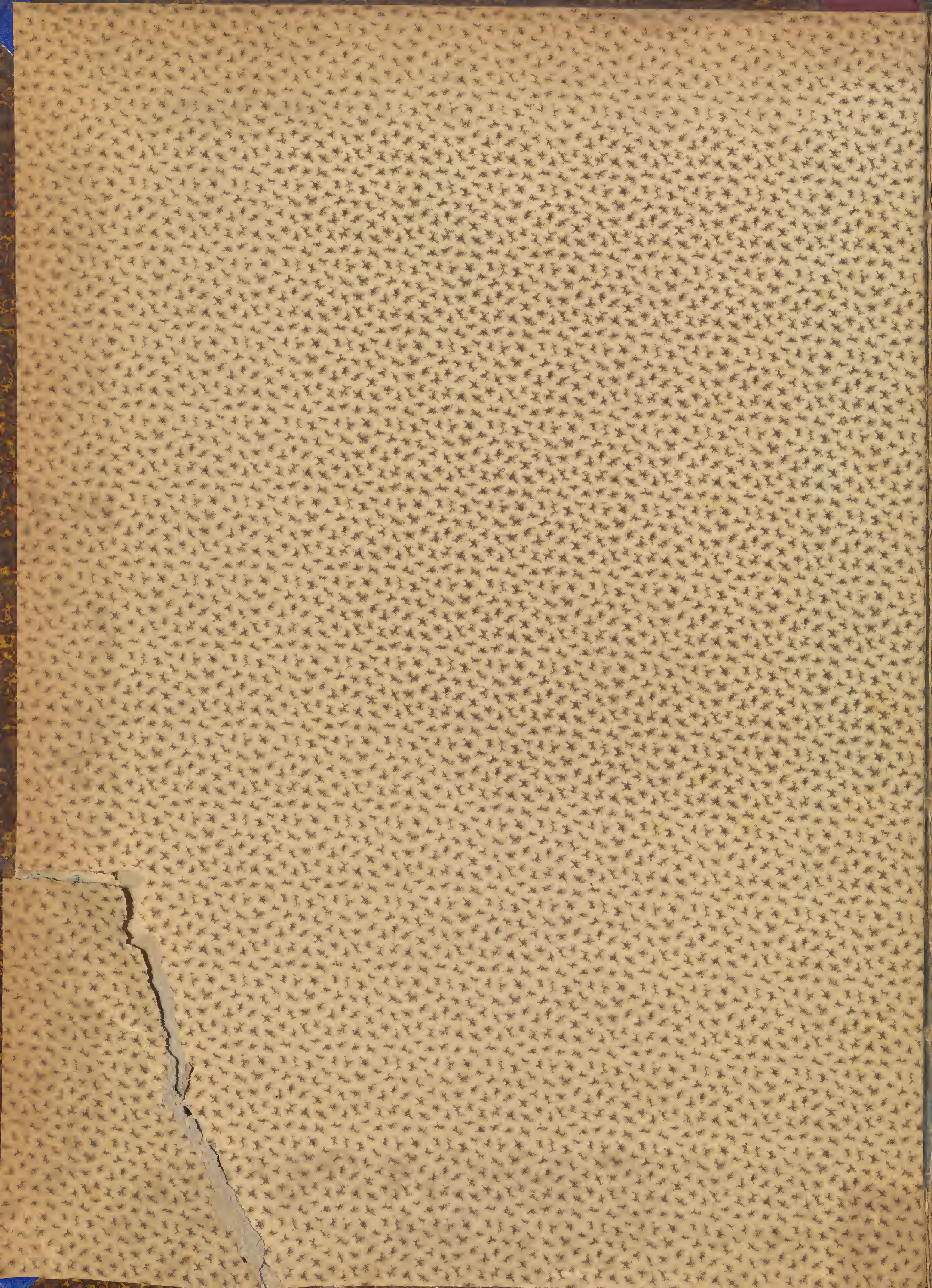
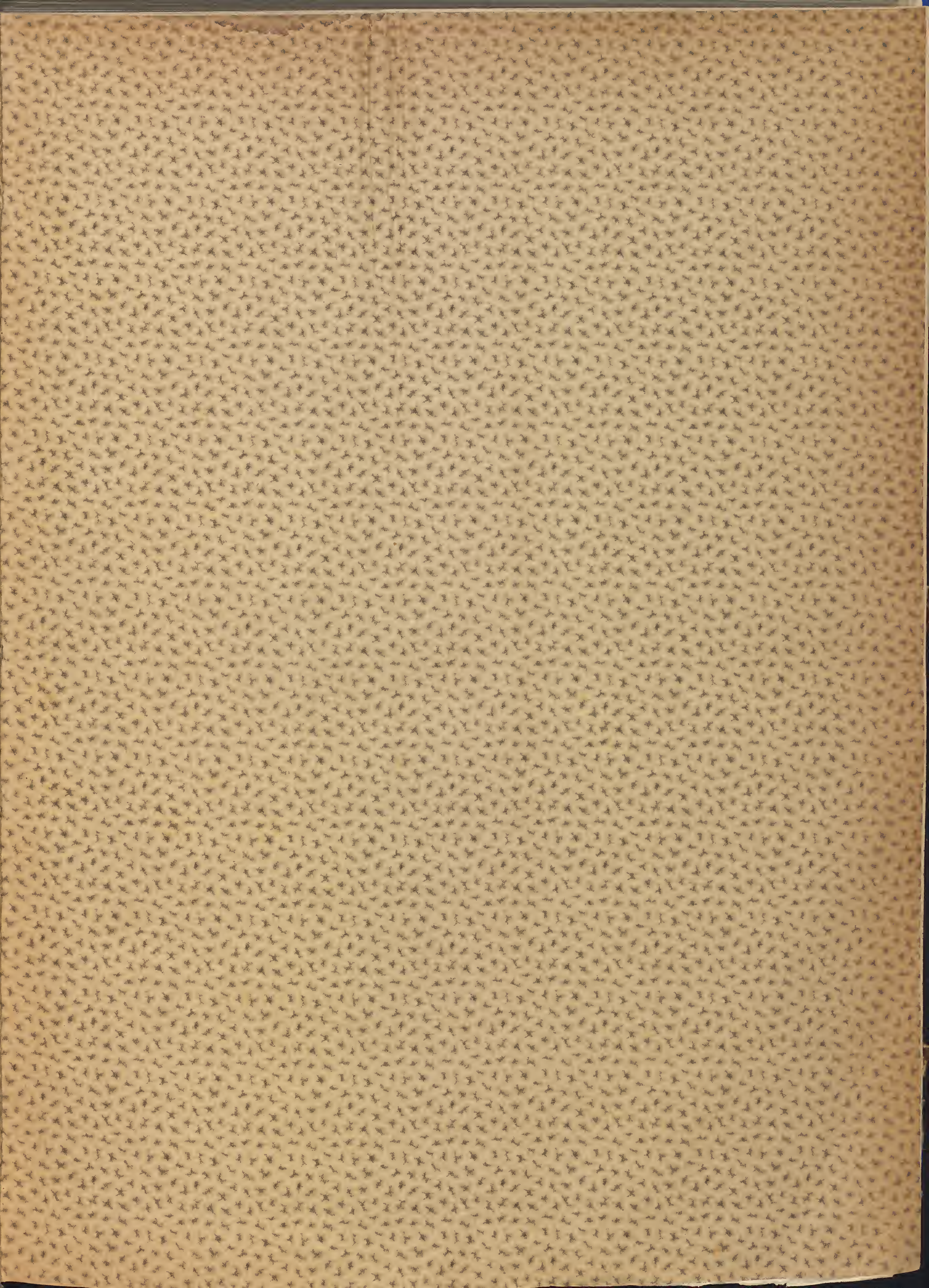






LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO X.— AÑO 1891

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1891

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO X DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO X DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 5 DE ENERO DE 1891 — NÚM. 471

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Francisco de las Barras

SUMARIO

LA VÍSPERA DE REYES

I

Sabido es que, excepto las vísperas sicilianas, todas las vísperas valen más que los días. Por eso yo hago caso omiso del de Reyes, en el que pasa poco ó nada. En tal día hay capilla pública en Palacio, y el rey (no mago, sino el de España) estrena un traje que en los días sucesivos envía con gran ceremonia al duque de Híjar, que como conde de Ribadeo tiene este privilegio de vestuario. Siempre que llega semejante día pienso yo en el sinnúmero de arrobas de alcanfor que el susodicho Grande de España tendrá que consumir para conservar incólumes de polilla tantos trajes de reyes. La tropa se viste de gala: creo que en provincias, que de esto no estoy bien enterado, los capitanes generales reciben corte, y supongo que en todas partes los ó las que se llamen Gaspar, Melchor ó Bal-



ANTES DEL DESAFÍO, cuadro de A. Cassioli

tasar recibirán regalos de sus amigos pudientes y *sablazos* de sus amigos pobres.

Pare usted de contar.

Si se me permite diré que el gran día de Reyes es la víspera por la noche. Desde el anochecer se notan los síntomas. Los puestos de Santa Cruz se han repuesto de figuras de barro, entre las que descuellan, como es natural, los tres reyes viajeros, nuevecitos y *restaurados*, sin ninguna efusión de sangre. En la plaza Mayor sucede una cosa parecida: los cajones están llenos y los puestos atestados. Parece como que ha habido competencia entre la verdadera tía Javiera y la auténtica tía Rompechanclas, de Fuenlabrada, y las rosquillas de Villarejo, que tienen la propiedad de estar más tiernas cada día que pasa; pues lo cierto es que estos tres artefactos son más superfinos que los de Nochebuena.

Hay gentío y apreturas, pero con moderación, pues el desbarajuste y los excesos son privilegio exclusivo de la Natividad. Además, á la gente la pilla mohina y achicada, porque ha consumido ya en su mayor parte las pagas y aguinaldos. Así es que todo marcha al pelo.

Además, en la noche de Reyes se come y no se cena, y hasta bien entrada no se notan los efectos de la gula y del alcohol. En otro tiempo la trapatiesta empezaba más temprano; pero los adelantos de la civilización, que por fin ha llegado á los concejales, han privado á esta noche de su parte más pintoresca. Aun quedan vestigios, pero escasos, de aquellas indescriptibles comparsas que iban *¡á esperar á los Reyes!* Porque ahora, en los tiempos de la libertad, cada comparsa necesita para exhibirse una licencia que cuesta creo diez pesetas, y bueno era ir á esperar á los reyes gastándoselas en vino, pero no meterlas en las arcas municipales.

¡Qué comparsas! Un hombre ó mujer con una escalera al hombro, rodeado de una turba con hachones de resina encendidos; sucios á cual más, y vestidos de riguroso guiñapo, trotando por las calles á son de cencerro. El de la escalera va engañado ó lo parece. Dícesele para hacerle aceptar aquella carga que los reyes que vienen reparten á los que salen á recibirlos una moneda de cinco duros por barba y tres al que pone el mayor trabajo. Si es mujer joven se la hace creer que será azafata de la esposa de uno de los reyes, y que por sólo calzar á la reina tendrá un salario de treinta duros mensuales y manos puercas (como si pudieran estarlo más que las que ella tiene); si es muchacha se le adjudica el cargo de ama de llaves del cuartel de la escolta real, con lo que ella ve un porvenir de sisas y de chicoleos; y si está criando, se la promete la plaza de nodriza del heredero del rey negro á ver si le blanquea á fuerza de leche. Estas son las bases del engaño, que tienen variantes como hijas de imaginaciones alcoholizadas. Pero hay que llegar antes que las otras cuadrillas para que sean mayores las albricias, y el de la escalera corre, aunque tambaleándose, bajo el peso y sudando la gota gorda. Llegan á una esquina, el capataz de la cuadrilla manda hacer alto, el cirineo arrima la escalera á la pared, éste la sostiene, aquél sube, mira hacia cualquiera parte colocando las manos á guisa de pantalla y grita: «¡Por la Puerta de Bilbao!» y la acémila humana vuelve á cargar con la escalera, y todos á trotar hasta que en otra esquina de otro barrio distante se repite la escena, con sólo la variante de puerta por donde han de entrar los Reyes, que es la de Atocha, Recoletos ú otra cualquiera de las que ya no existen. Por supuesto, hay sus correspondientes paradas y libaciones en los templos de Baco, en las que al de la escalera le toca la menor parte. A veces éste, impaciente y derrengado, pregunta refiriéndose á los reyes: «¿Peru cuandu vienen?» porque suele ser gallego ó asturiano. A lo que se le contesta: «Ya no deben tardar: se habrán detenido en Móstoles ó en Bocigos.»

¡Y pensar que una diversión tan culta é inocente va á caer en desuso por culpa de la avaricia del Ayuntamiento!

II

Las vísperas de Año nuevo y de Reyes *se echan los años* ó los *estrechos* respectivamente; y voy á decir lo que es esto á los que nunca ó en estas épocas no han estado en Madrid. Desde anochecido se sitúan en muchas esquinas de las calles hombres ó mujeres (éstas son las más) que sentados en una silla al lado de una mesita pregonan:

«¡Motes nuevos y divertidos para damas y galanes!»

Los motes consisten en pliegos de papel de colores, divididos en tarjetas, en cada una de las que hay un trozo de poesía poco inspirada, expresando un concepto, pregunta, requiebro, petición ó cosa así: éstos pertenecen á los galanes. Las damas tienen también las suyas para contestar al dicharacho que se las espeta. Además hay otras tarjetas en blanco para llenarlas de nombres masculinos ó femeninos. Las familias reunen á sus parientes y amigos, y comprados los motes se escriben los nombres de los concurrentes en las tarjetas en blanco, uno en cada una, por supuesto; se echan las de las damas en un receptáculo (que suele ser un sombrero) y en otro las de los galanes, y se revuelven como las bolas de la lotería. Hecho esto, cualquiera, el que tiene mejor voz, saca una tarjeta femenina, y lee el nombre de la dama á quien pertenece; otro cómplice en el juego hace lo propio con el mote de un galán, y hete aquí constituída la pareja. Falta saber lo que ambos se dicen, para lo cual se leen dos tarjetas ó motes correspondientes á él ó á ella. Esto da lugar á contrasentidos que excitan la chacota general; por ejemplo, un galán ha *caído* de año ó de *estrecho* con una dama sexagenaria que no tiene en la cabeza ni un pelo para un remedio, por lo cual usa peluca, y su galán ó *estrecho* la dice:

> Salí tu *estrecho* y quisiera,
> simpática compañera,
> como merced señalada,
> una trenza perfumada
> de tu hermosa cabellera.

¡Figúrense ustedes!

Yo no sé á ciencia cierta el origen de esta diversión doméstica, ni sé que nadie lo sepa. Registrando anales de la casa real austriaca, me encontré con la siguiente anécdota, que puede que tenga relación con la costumbre de *echar los estrechos*; el príncipe de Gales vino á la corte de Felipe IV por Pascua de Natividad, y como es natural, el rey de España trató de agasajar á su augusto huésped. Hubo *rua* en la *tela* del puente de Segovia, y *rua* en la calle Mayor, que presenció el príncipe desde los balcones de la casa del conde de Oñate; y como complemento de estos y otros festejos organizó el rey una justa con corridas de sortija, que debía celebrarse en la plaza del Buen Retiro, que han conocido todos los madrileños vivientes machuchos. Tropezóse con una dificultad: esta clase de fiestas siempre las presidía una dama, que solía ser la reina ó alguna infanta; pero á la sazón la reina se hallaba en cama á consecuencia de haber dado á luz al príncipe de Asturias don Carlos, y la infanta Margarita ausente. El de Gales sólo debía permanecer contados días en Madrid, y por esta razón no podía aplazarse el festejo. Tratóse, pues, de elegir entre las de la corte dama que le presidiese, y el rey estaba perplejo, por no desairar á ninguna. Así las cosas, celebróse un sarao íntimo en el palacio del Buen Retiro, con asistencia del príncipe inglés, y antes de que comenzara el baile emplazóse el rey en el comedio del salón, teniendo en la mano un par de primorosos chapines de raso azul bordados de oro, y dijo, dirigiéndose á las damas:



MELILLA. – MERCADO EXTERIOR CONOCIDO POR LAS «BARRACAS.» (De una fotografía.)

«Señoras: estos chapines, caídos del cielo, han sugerido al marqués de Bedmar una idea que someto á vuestra aprobación. Necesitamos una dama que presida el próximo festejo, y dejamos á la naturaleza la elección. Será reina de la fiesta la que se calce con más holgura estos chapines. ¿Estáis conformes?»

Ninguna de las damas contestó, pero todas fijaron sus ojos en los chapines, que por su pequeñez recordaban el zapatito de la Puerca Cenicienta.

«Pues manos á la obra,» prosiguió el rey, haciendo venir á una azafata para que descalzase y calzase á las señoras; tarea que de buen grado hubieran querido desempeñar la mayor parte de los caballeros allí presentes, incluso el monarca. Muchas damas, como españolas y linajudas, tenían confianza en su pie: algunas se declararon de antemano en derrota. La azafata fué haciendo su servicio por el orden en que aquéllas estaban sentadas y con las debidas precauciones de honestidad. Esforzábase en calzar el chapín, y encontrando absoluta imposibilidad, decía: «Estrecho,» y pasaba á hacer la prueba en otra dama; y así pasó cinco ó seis, hasta que llegó á la marquesa de Cogolludo, nuera del duque de Medinaceli y originaria de la casa de Alburquerque, á la cual calzó el chapín sin ninguna dificultad. Las damas restantes no quisieron disputarla el triunfo, y por consiguiente recayó en la susodicha marquesa la elección presidencial.

Ahora bien: ¿habrá alguna afinidad entre esta anécdota galante y la costumbre de *echar los estrechos?*

Yo veo alguna, aunque traída por un cabello.

III

Como la víspera de Reyes no es tan estrepitosa como la Nochebuena, los chisperos y granujas de los barrios bajos han tratado de animarla con las carreras de perros. A quince ó veinte de éstos, escogidos entre los más vigorosos, les atan á la cola, por medio de una cuerda que arrastra, grandes pedazos de hoja de lata, y sabido es el efecto que esta gracia produce en dichos animales. Los perros, que son muy nerviosos, al oir tan de cerca el ruido que produce el metal arrastrando, y que parece que los persigue, salen corriendo espantados, con

> La jindama de un chusquel
> cuando le atan en el rabo
> un chocolatero viejo
> los guasone é los muchachos,

como ha dicho Sanz Pérez en una pieza andaluza; y tras de ellos una turba de capitalistas, dignos émulos de los que lucen sus habilidades taurinas en las fiestas de novillos. Generalmente la agresión parte del confín bajo de la calle del Mesón de Paredes, admirablemente elegida, por ser una de las más estrechas y pasajeras de Madrid. Los perros suben por ella, ciegos, locos, frenéticos, en línea recta como el jabalí cuando es perseguido en la caza; más asustados aún por los gritos y chacota de la turba que va detrás y por los ladridos de otros perros que se les agregan como si quisieran jalearlos. Arremeten inconscientemente con todo, y todo lo atropellan; dan al traste con las cestas que los vendedores ambulantes tienen en el suelo; en las ondulaciones de su desalada carrera hacen chocar el metal que llevan arrastrando con el de las hornillas de freir chuletas que hay á la puerta de las tabernas; derriban viejos, niños y mujeres; rompen las muestras de telas que flotan en el dintel de los comercios, y se las llevan enredadas en la *maza;* se meten por entre las piernas de los agentes de orden público, que suelen estar parados y distraídos; deshacen las cuadrillas que van á esperar á los Reyes; dan en tierra con las mesitas donde se venden los *estrechos*, esparciendo los motes de damas y galanes; espantan los caballos de los coches, y aplastan los tenderetes de cristal y loza que en tal noche es permitido colocar en el suelo.

A veces los agentes, tambaleados y furiosos, sacan los sables y persiguen á los perros, que es lo mismo que seguir á alma que lleva el diablo; y entonces ¡qué dicha para la manada de capitalistas viendo en ridículo é impotente á la autoridad! Aquello no son voces ni silbidos, sino aullidos que sobresaltan á los que están quizá *echando los estrechos* y que se asoman despavoridos á los balcones. Pues ¡y si los perros, atravesando la plaza del Progreso, se meten por la calle de Barrio Nuevo, que es todavía más estrecha y pasajera que la del Mesón de Paredes! ¡Y si llegan á la plaza Mayor ó á la de Santa Cruz! ¡Oh! Entonces es la epopeya del escándalo.



MELILLA. - PUERTA DE ENTRADA. (De una fotografía.)

¿Cómo la autoridad no prohibe tales expansiones? ¡Oh! La autoridad puede hacerlo, directa ó indirectamente, inventando licencias, cuando se trata de seres casi racionales, como los de las cuadrillas de las escaleras; pero ¡vaya usted á entenderse con un perro con maza! En estos tiempos de cultura en los que no se pueden allanar los domicilios sin auto del juez, ¿cómo impedir que unos cuantos chuscos, en la inviolabilidad del hogar, *preparen* convenientemente á un perro y le suelten á la calle?

Los demócratas dicen que los Reyes se van. ¡Ojalá sigan viniendo todos los años, para que no se acaben tan edificantes escenas!

F. Moreno Godino

BOCETOS MARÍTIMOS

LA NOCHEBUENA Á BORDO

Yo no puedo recordar la Nochebuena que se pasa á bordo, sin experimentar al propio tiempo una honda pena; aquella animación, aquel bullicio que la acompañan me han parecido siempre violentos y fingidos; esfuerzos hechos para ocultar algo íntimo que más convida al recogimiento que impulsa á la expansión, pero que es preciso disimularlo y esconderlo bajo una triple capa compuesta de olvido para lo pasado, de indiferencia para lo porvenir y de resignación ante el presente: tres sentimientos muy propios para provocar movimientos automáticos, ó el reposo absoluto en quien los experimente, pero incapaces de conducir á nadie al entusiasmo; tan admirables, considerados como rémoras para encerrar á cualquiera en su casa, cuan impotentes son como móviles para sacar á nadie de sus casillas.

Pocas fechas habrá, en efecto, tal vez ninguna, en cuya celebración ruidosa coincidan tantas gentes como ocurre con la víspera de Navidad; hasta los ingleses, taciturnos y esplénicos de ordinario, *christmean* de lo lindo, y con ellos, aunque en sus respectivos países, los alemanes y todos los flemáticos hijos del Norte; entre nosotros los meridionales, va perdiendo esa fiesta, y loado sea Dios por ello, sus caracteres clásicos de escándalo público; pero las alegres llamas de los hogares domésticos brillan en ese día con mayor intensidad, envolviendo en unos mismos resplandores las canas del abuelo y los pelillos rubios del nietezuelo, que lo abraza sentado en el regazo de la madre feliz. Pues este cuadro, que todos hemos presenciado, más ó menos completo, no puede existir á bordo; pero reina y se cierne sobre las cabezas todas su recuerdo, produciendo los efectos que he referido antes, porque allí no hay bohemios, ni despreocupados á la violeta (léase *esprits forts*), ó no debe haberlos, y si alguno hubiere no tendría más remedio que dejar de serlo por un día siquiera; y una de dos: ó á divertirse, de dientes afuera, por lo menos, para no parecer ridículo, ó al camarote, con cualquier pretexto, para no descomponer demasiado la situación.

La verdad es que, en general, la alegría que se experimenta en Nochebuena tiene mucho de ficticio y extravagante; unos por otros, se divierten todos, al parecer; pero se toca á escribir ó á relatar impresiones personales recogidas en esa noche, y casi todas, algunas andan por ahí notabilísimas y en letras de molde, son tristes, ó están impregnadas, cuando menos, de cierto dejillo amargo; yo mismo, que no soy poeta, y en buena hora lo diga, ni gran escritor, como á la vista está, observo que este artículo va saliendo bastante sentimental, cosa que me carga mucho y que no puedo remediarla, sin embargo; yo traduzco mis impresiones como Dios me da á entender, pero procurando siempre ser un perro, en lo tocante á la fidelidad; si el artículo sale tristón es porque el asunto que trato no debe ser muy alegre. Yo creo, y lo diré entre paréntesis, que el elemento más poderoso que interviene en la formación de la alegría que experimenta el público por Nochebuena, es instintivo, y consiste en la esperanza que cada cual abriga para sí de que el año próximo, que se viene encima, no será, no podrá ser, tan malo como el que agoniza á la sazón.... y esto se repite todos los años y en todas partes. Pero dejémonos de filosofías y volvámonos á bordo.

¡Cuántas y cuántas Nochebuenas habrán pasado sin que nadie se acordara de celebrarlas á bordo de algunos buques! ¡Qué zozobras, en cambio, qué trabajos en ellos! Si yo me propusiera abusar de la sombra en este boceto, citaría ahora mismo con detalles más de un naufragio ocurrido en tal noche y con circunstancias horrorosas: para proporcionar citas de estas no se muestran avaros nunca, desgraciadamente, los anales marítimos; pero no aspiro á eso, y para evitar la tentación hablaré sólo de lo que suele suceder en un buque de guerra fondeado en puerto

Disminuída ya su dotación ordinaria por efecto de las licencias de Pascuas, aprovechadas por todos cuantos han podido, disminuye aún más en esa noche porque los marineros, soldados y clases natura-



VISTA DE MELILLA DESDE EL FUERTE DE SAN LORENZO Y DEL FUERTE VICTORIA GRANDE. (De una fotografía.)



MELILLA. - LA ALCAZABA. (De una fotografía.)

les de la localidad en la que se halla el buque reciben permiso para pasarla en compañía de sus parientes, y excusado es decir que lo utilizan hasta los cuñados en octavo grado, sin que pase por *primo* el comandante, pues ese día se hace con mucho gusto la vista gorda; mientras quede á bordo la gente indispensable para cubrir las guardias, las dotaciones de los botes y los demás servicios imprescindibles, toda la restante puede tomar el portalón, de lo cual se infiere que á bordo no quedan más que los «últimos monos», digámoslo así, por tocarles la bola negra de quedarse de guardia aquel día, por estar alejados de sus familias, por hallarse aislados en el mundo entonces y por andar escasos de dinero para emprender un viaje; escasez que, por mar y por tierra, constituye una de las más graves calamidades que pueden afligir á un hombre.

Con esto está justificado hasta los topes lo que dije al principio: que la animación y el bullicio que reinan á bordo semejante día me han parecido siempre violentos y fingidos. Los hay, á pesar de todo; y á quien los estudia para tomar apuntes, como me ha ocurrido á mí más de una vez, le causarían extrañeza si no estuviera ya, como yo estaba, al cabo de la calle; aquellos bravos muchachos realizan con un valor heroico, digno de todo encomio, el adagio español, marítimo principalmente, que recomienda poner al mal tiempo buena cara.

Y ellos cantan á proa que se las pelan, aprovechando el rato más largo de asueto que suele dárseles; y sale una guitarra, ó una gaita, ó las dos, y se presenta alguien que sabe tocarla y otro que canta y muchos que hacen coro, constituyendo un orfeón *anormal*, y con algún extraordinario en los artículos de comer, beber y arder, pastas, vinos y tabacos, ya está armada la Nochebuena con todos sus obligados adminículos.

Se empieza, por lo general, con villancicos más ó menos candorosos, y aderezados sucesivamente con las músicas que á ellos aplican en las distintas regiones de España que tienen representantes en el grupo; pero como que en realidad y de manera inconsciente para todos, lo que allí se festeja y se recuerda por cada uno, aunque otra cosa crean quizá ellos mismos, no es el nacimiento del Divino Niño que vino al mundo expresamente para redimirnos y casi lo consiguió, sino la familia ausente, la patria distante, los años pasados en tierra firme, sin disciplina rígida, ni servicio penoso, pronto el villancico monótono se trueca en algo que es personal y que revela dónde está el pensamiento del que canta, que no es en Belén seguramente; se trueca en vibrantes malagueñas, polos, *soleares* y *javeras*, en boca de los andaluces; en cadenciosas sardanas, por los catalanes y baleares; en melancólicas muñeiras, por los gallegos y asturianos; en animadas jotas, por los aragoneses y valencianos; en graves zortzicos, por los vascongados, y en alegres seguidillas por los demás, formándose, á poca gente que haya, una verdadera gresca, en la que figuran y se mezclan, aunque cada uno se entiende, todas las vivaces frases de que consta la original y riquísima música popular española; y allí se baila y se declama; y allí se ríe y allí hay también quien llora, pero sólo por dentro en aquel instante, aunque bien corren las lágrimas y bien mojan los rostros curtidos después, cuando el honradísimo marinero acude á quien le escribe las cartas para su casa, y le dice el hombre, casi haciendo pucheros, cuando llega á tocar tan delicado punto: «del día de Nochebuena, ponga Vd. que lo pasé muy bien; no dejé de pensar en aquellos pobres viejos!»... Lo mismo harían éstos: pensar en aquel hijo que tenían tan lejos...

Hasta que habla la ordenanza por conducto de un corneta, y se disuelve la reunión para tomar las camas los que la constituían; rezan la oración como todos los días, formados en cubierta, y bajan al sollado, donde cuelgan sus cois, se acuestan, duermen, y algunos sueñan, hasta que los despierta al amanecer la misma ordenanza, con sus trompetazos correspondientes, para que se pongan á trabajar. Y ya no hay más noches *buenas* hasta el año siguiente que trae UNA.

De manera que, como se ve, la única noche *buena* de que se disfruta á bordo, no es muy buena, muy buena, que digamos.

Federico Montaldo

LA ORNAMENTACIÓN

EN LAS ARTES DE LA ANTIGÜEDAD PREHISTÓRICA EGIPCIA Y ORIENTAL

Aunque no vamos á tratar del Arte desde el punto de vista de la teoría, sino de la Historia, creemos necesario, antes de comenzar la exposición de hechos, definir el concepto que tenemos del arte ornamental ó decorativo. Estos dos vocablos, sinónimos en su acepción lata, tienen distinto valor en su acepción restringida. Una estatua, un fresco, *pueden* ser decorativos por el carácter que se les dé para que formen parte de un conjunto, y un vaso, una joya, *deben* ser decorativos y ornamentales; de donde se infiere que la condición decorativa en los monumentos artísticos es relativa y la ornamental marca un carácter especialísimo en los monumentos arquitectónicos y en los productos artístico-industriales, cuyas formas se derivan de la Arquitectura. Lo dicho parece dar á entender que en el Arte hay dos clases de productos: decorativos y no decorativos. No falta quien crea que el arte decorativo ú ornamental ocupa un puesto inferior en la escala de las Bellas Artes, sin tener en cuenta que aquellas denominaciones se aplican á todos los productos de las Artes del Dibujo siempre que hayan sido concebidos y ejecutados con un fin decorativo. Y esta condición, no sólo la llevan los productos cerámicos, los metalúrgicos, las tallas, los mosaicos, los tapices, etc., sino los monumentos arquitectónicos, y en muchos casos los escultóricos y pictóricos. La Arquitectura, como arte madre, es la fuente, por decirlo así, del ornato y la base de toda composición decorativa. En cuanto á la escultura y la pintura, toda obra destinada á figurar aislada, sea cuadro, dibujo ó escultura, que reproduzca la naturaleza tal cual se nos ofrece ó tal como creemos verla, no es ni puede ser decorativo. La condición decorativa ú ornamental consiste en la expresión de la belleza por medio de elementos geométricos, naturales y fantásticos; pero elementos naturales, interpretados de un modo ornamental, traducidos en ornato ó por lo menos interpretados con carácter decorativo. La figura humana y las de animales y plantas, las creaciones imaginativas y los trazados y combinaciones geométricos son los tres modos de expresión decorativa; ó de otro modo, la Geometría, la Naturaleza y la Fantasía son las tres fuentes del arte ornamental y decorativo.

I

RUDIMENTOS DEL ARTE

El instinto decorativo en el hombre prehistórico debió manifestarse primeramente en el adorno personal. Los yacimientos cuaternarios han suministrado pruebas de este aserto en las cuentas de collar y objetos de suspensión formados por huesos de animales, conchas agujereadas y otros productos de la naturaleza, cuyo uso indumentario salta á la vista.

Por otra parte, se comprende sin esfuerzo que el primer tablero de que se sirviera el hombre para trazar sus primeros y caprichosos dibujos geométricos, cuya repetición le daría la idea de la simetría, debió ser la fina arena de las áridas llanuras ó de las costas mojadas de continuo por la acción de las aguas; y el día que el hombre prehistórico sacara partido de aquel entretenimiento, copiando sus infantiles composiciones geométricas en el arma ó bastón que le sirviera de distintivo jerárquico y en las piezas cerámicas que depositara en las tumbas, quedó inventado el arte ornamental. Con efecto, algunos vasos y algunos fragmentos de utensilios de hueso tallados, descubiertos en cavernas y dólmenes, ofrecen curiosos ejemplares de aquellos esbozos ornamentales.

Creemos, por consiguiente, que el adorno fué anterior á la gruta, á la cabaña y al dolmen, por cuanto el hombre prehistórico tuvo por primera vivienda la caverna en que desde luego le ofreció abrigo la naturaleza. Desnudas de ornato y aun faltas de labra aparecen las piedras de los dólmenes. Por consiguiente, la arquitectura no se amparó del ornato hasta los tiempos históricos; pudiéndose dar como característica de todo estado rudimentario de la cultura la aplicación del adorno exclusivamente al traje y á los objetos de uso.

Fijándonos en los ornatos cerámicos, á que se ha hecho referencia, conviene decir que están trazados con algún punzón de hueso ó de madera sobre la arcilla aún fresca del vaso, y que consisten en ziszás, en líneas onduladas, que muy luego se disponen en zonas, primero horizontales y después verticales, como sucede en los vasos de la Escandinavia, apareciendo también en estos una imagen sumamente sencilla de la palma alternada con fajas rectilíneas. Esta clase de adornos se perfeccionaron en la época de los metales, en la que algunos productos cerámicos llevan ya adornos de colores.

Cuando se trata de la infancia del arte ornamental se echa de ver en seguida la similitud que existe entre las obras de los pueblos prehistóricos de Occidente y las de las tribus salvajes de Africa, de América y de Oceanía, que aún se encuentran en un estado de cultura semejante al de aquéllos. Están unánimes los viajeros en declarar que por primitivo que sea el estado de cultura en que se encuentre un pueblo, la ornamentación se presenta como producto de un instinto. Por esa ambición innata en el hombre de producir algo bello, el salvaje se pintaba y se pinta el rostro y aun todo su cuerpo, con el doble fin de realzar ó desfigurar su expresión é infundir terror á sus enemigos. Semejante costumbre, que aparece asimismo en el Japón, llevó á los habitantes de Nueva Zelanda á pintar también los cadáveres; estas labores incisas, practicadas no hace ahora al caso por qué procedimiento, consisten en volutas, círculos, líneas onduladas y otras combinaciones geométricas de variados colores. Las telas indumentarias, tejidas con filamentos vegetales procedentes de las islas de Los Amigos, presentan labores sencillas cuyos motivos son recuadros, festones, líneas paralelas, estrellitas y ajedrezados, trazados con colores blanco, negro y rojo. Los dibujos de estos adornos están hechos por mujeres, que al efecto se valen de punzones para estampar, de forma triangular y romboidal, con los cuales hacen toda suerte de combinaciones. Estos ornatos evidentemente proceden de una observación instintiva de las formas de la naturaleza. El estampado fué el primer paso de la ornamentación de telas, y el segundo el tejido que producía combinaciones con filamentos ó hilos de distintos colores.

El adorno de la madera ó tallado es otra manifestación primitiva del arte *ornamental*, y ofrece puntos de analogía entre los diversos pueblos salvajes. Las armas, tales como mazas y mangos de hacha, están todas cubiertas de ornamentación menuda hecha con gran primor y trabajadas al rehundido, hallándose en ellas motivos de adorno calado. Los ejemplares conocidos proceden de Nueva Zelanda, de las islas Sandwich, y de las del mar del Sur. Los entalles están hechos con cuchillo, y el sistema general de ornamentación es el de alternar dos ó más motivos, cuando no son todos distintos, en fajas regulares y paralelas. Algunas veces aparece la figura humana, aunque representada de un modo muy rudimentario, infantil, empleada como elemento decorativo, alternando con fajas de líneas curvas ó medias lunas caladas, ziszás y otros adornos geométricos. Los ejemplares más curiosos de este género proceden de las islas de Los Amigos.

Las canoas de Nueva Guinea y de Nueva Zelanda demuestran á qué grado de perfección llegó en tales países la talla ornamental. Sus proas y sus costados ofrecen mascarones, trazados geométricos y composiciones caprichosas hábilmente dispuestas. En una proa de Nueva Guinea se ve un motivo, la trenza, harto frecuente en obras romanas, especialmente en mosaicos.

II

ARTE EGIPCIO

Un ilustre escritor, Owen Jones, después de consignar que en el arte egipcio no se hallan señales de infancia ni de influencia extranjera, toda vez que no se le conoce anterior en el proceso de las civilizaciones históricas, acaba por afirmar que los egipcios tomaban sus inspiraciones directamente de las fuentes de la naturaleza, como lo confirma el examen del ornato egipcio cuyos tipos, poco numerosos, son todos naturales y su interpretación no se aparta del original más que muy ligeramente. Observa el mismo autor que á medida que se desciende en la escala del Arte, éste se manifiesta más alejado de los tipos originales, hasta el punto de que en las exornaciones árabes es difícil descubrir el tipo original de donde la fantasía ha traducido el ornato. En verdad que el arte egipcio es un arte joven, original y sencillo, y su característica, aquel espiritualismo simbólico y casi jeroglífico, se encuentra más que en ninguna de sus manifestaciones en los adornos que embellecen y cubren con profusión los monumentos y las creaciones plásticas industriales y suntuarias. La mayor parte de los elementos decorativos de Egipto son símbolos, y aunque están tomados de la naturaleza, en su expresión artística ó plástica tienen algo de convencional; los contornos son muy sobrios y la coloración consiste en tintas uniformes, sin sombras, empleadas de un modo tan arbitrario como la forma. Justamente en el empleo de tintas uniformes, en la buena combinación de diversos colores y en esa sobriedad y firmeza de dibujo estriban los caracteres eminentemente decorativos de aquel arte. Otra particularidad distintiva es el empleo de la escritura jeroglífica como elemento decorativo, de un modo semejante al modo como los mahometanos emplearon los caracteres cúficos y aun los africanos, siendo el arte egipcio, el de la América precolombiana y el árabe los únicos en que se da este caso. El tradicionalismo religioso que en Egipto obligó á las artes á repetir tipos consagrados, es un dato



¡AL ASALTO!, dibujo de Stanley Berkele

que tampoco hay que perder de vista para juzgar la ornamentación egipcia.

Los adornos egipcios se pueden clasificar en tres agrupaciones: el elemento ornamental, que forma parte del monumento mismo; el ornato representativo, y el adorno puramente decorativo.

Por lo que hace á la arquitectura, Owen Jones cree que en tiempos remotos los egipcios debieron tener por costumbre el decorar con flores del país los pilares de madera de sus templos; y cuando el arte tomó un carácter más permanente, esta costumbre se consolidó, por decirlo así, en sus monumentos de piedra. Los soportes son los miembros arquitectónicos que más se prestaron desde luego á la decoración, y los egipcios imitaron en la columna la planta del papiro, que es de grandes dimensiones, bien que ésta en las columnas variase desde algunos pies hasta cuarenta ó sesenta que miden las de Luksor y Karnak. La base de la columna representa la raíz del papiro, el fuste el tallo y el capitel la flor abierta. A veces la columna está formada por un haz de troncos de papiro. No es sólo el papiro, sino también el loto la flor elegida para la ornamentación de las columnas, especialmente en los capiteles. En algunos de éstos, como en los de las columnas mayores del templo de Luksor, se encuentran alternadas las flores del papiro y de loto; en este caso las de una y otra planta aparecen en series superpuestas, revistiendo al capitel. La palmera sólo aparece representada por excepción en los capiteles del pórtico de Edfú.

Los entablamentos de las construcciones egipcias, así como los dinteles de las puertas, llevan por motivo ornamental constante el disco solar ó el buitre, ambos con las alas extendidas y rectas, estando el resto adornado con símbolos y jeroglíficos. En los monumentos del antiguo Imperio menfita, en las tumbas denominadas *mastavas*, se usó mucho de un sistema de decoración exterior, consistente en una imitación de las construcciones ensambladas ó de madera de los tiempos primitivos.

Con respecto á la decoración representativa, los muros de los templos y de las tumbas ofrecen en bajos relieves y pinturas curiosas composiciones que nos dan á conocer diversos actos de la vida religiosa, doméstica, agrícola y aun militar del pueblo egipcio. Todos los detalles están reproducidos de un modo convencional, aunque se advierte que aquellos artistas tuvieron como un prurito de reproducir con toda sinceridad y con todos sus detalles la naturaleza. En dichas composiciones hay cierta simetría decorativa, y hasta los mismos convencionalismos, constantes en las artes figurativas del Egipto, tales como el representar los hombros de la figura humana de frente y la cabeza y las extremidades de perfil, parecen obedecer á cierto instinto decorativo. Aquel *hieratismo*, aquel carácter inmutable y tradicional que hay en la simbología egipcia, y que se traduce por una seguridad de líneas y una severidad de formas verdaderamente admirables, contribuye poderosamente á dar á los tipos plásticos y simbólicos una fisonomía ornamental muy marcada.

Las composiciones geométricas, en que lo original y sencillo del trazado es tan admirable como la bella combinación de colores, se encuentran en los muros, frisos y techumbres del interior de las tumbas y demás monumentos y con gran profusión en los productos industriales. Entre éstos, los ataúdes de las momias son modelos acabados de ornamentación delicada y bien repartida. Los pintores reproducían con mucha frecuencia los productos de la industria textil, que comenzó por tejidos de esparto para formar prendas de vestir y esterillas que empleaban en las casas, bien para sentarse ó tenderse encima, bien para resguardarse en las azoteas de los rayos del sol. La idea de teñir el esparto y combinar en el tejido los colores de una manera armónica y regular debió dar la primera nota del ornato y de la composición geométrica. En cuanto á las telas que aparecen reproducidas en los muros á modo de tapicerías sujetas con cordones, tienen por motivos principales los círculos tangentes, que producen un sistema de ornamentación continuo, igual al que más tarde aparece en el arte bizantino, y las volutas enlazadas y combinadas de modo que dejan espacios triangulares ocupados por el capullo del loto, el *bucráneo* del toro Apis ú otra figura semejante. Otro motivo de carácter griego, aunque no traiga su origen de la Grecia, cual es el *meandro* ó *greca*, aparece también en los frisos egipcios, habiendo ejemplares de las dos clases de *meandros:* el originado por el cuadrado y el engendrado por la voluta, generalmente llamado onda. También son frecuentes las imbricaciones. En los frisos inferiores de las habitaciones sirven de ornato casi constante los tallos y flores de loto ó los de loto y papiro alternados, plantas acuáticas, que suelen surgir de onduladas aguas, y entre las cuales aparecen alguna vez animales característicos. Los frisos superiores llevan leyendas jeroglíficas; sobre ellos corre un baquetón ó moldura semicircular, vistosamente coloreada, y sobre esta se alza la cornisa formando escocia donde campea el disco solar ó el buitre real alados. Las techumbres tienen por motivo obligado el cielo azul con las estrellas doradas de cinco puntas y á veces aves voladoras. La arquitectura egipcia es perfectamente policrómata: todos sus miembros y sus ornatos están cubiertos con colores, siendo verdaderamente admirable el buen gusto con que éstos están combinados sin que el conjunto aparezca chillón, siendo así que no empleaban nunca medias tintas, ni sombras ni degradaciones, sino tintas lisas. Los colores usados por los egipcios eran rojo, azul, amarillo, verde, negro, blanco, pardo y oro; los más dominantes son los cuatro primeros. Según Owen Jones, todos los períodos arcaicos del arte se distinguen por el empleo de los colores primarios azul, rojo y amarillo; pero la simple observación de los monumentos y objetos egipcios convence de la simpatía por el color verde que existía en aquel pueblo.

Cuantos ornatos quedan descritos están coloreados; las flores del loto, de los capiteles y de los frisos aparecen pintadas de azul y de verde, aunque este tono parece que es más característico de los lotos del período ptolemaico. En los capullos de los frisos hay pétalos amarillos y rojos, que aunque desfiguren la verdad producen un precioso efecto decorativo.

Estas bellas combinaciones de ornatos y de colores se ven en los trajes y en todos sus accesorios, como las esclavinas *oskh*, los tocados de tela ó *clafts*, el *mandil real*, etc. En cuanto á las joyas, especialmente las esmaltadas por el sistema de encasetonado, aparecen los colores separados por líneas doradas que acusan todos los contornos y dintornos de las figuras de ave, de serpiente, de grifo, de loto, etc., prestando á la composición decorativa rico y vistoso efecto. Las vestiduras á modo de malla que aun conservan algunas momias y hasta la disposición de vendas, pectorales, amuletos, etc., que las mismas ofrecen, revelan el instinto decorativo del pueblo egipcio.

III

LAS ARTES ORIENTALES

El arte oriental acusa en todos sus detalles, incluso en los ornamentales, el origen egipcio de no pocos de sus elementos. Sin embargo, las formas suaves y redondas de la escultura egipcia fueron reemplazadas en Asiria por otras más vigorosas y acentuadas, que revelan un paso más decisivo en la imitación del natural. Esta indicación viene al caso para hacer constar la diferencia que existe entre las artes de los dos pueblos á que nos referimos. El arte asirio tiene un carácter eminentemente escultórico, al paso que el egipcio le tiene pictórico; lo cual explica el hecho de que la ornamentación arquitectónica asiria sea sobria de detalles y más monumental que esencialmente decorativa. No quiere esto decir que en Asiria no se hiciera uso de la decoración polícroma de que son excelente muestra los azulejos de revestimiento descubiertos en Korsabad y las pinturas de Ninrud. Tampoco se crea por lo dicho más arriba que el exterior de los monumentos asirios, á juzgar por las reconstrucciones que de sus ruinas han podido hacer los arqueólogos, estaba desprovisto de ornatos y policromías; pues los bajo-relieves monumentales estaban completamente pintados ó dorados y argentados, los pórticos y peristilos cubiertos con láminas de plata y de oro, las hojas de las puertas revestidas pon placas de bronce repujado, y los arcos de ingreso, cuyos soportes eran los toros alados, tenían guarnecidas sus archivoltas con azulejos de preciosos colores; todo lo cual debía ofrecer un bellísimo conjunto decorativo y vistoso.

La influencia egipcia en la ornamentación oriental es patente en monumentos como los de Persépolis, posteriores á la conquista del Egipto por Cambises; pero esta influencia, más que en el ornato propiamente dicho, está en los símbolos, tales como el globo ó disco solar alado y la flor del loto; por lo demás, la semejanza con el Egipto en la manera de ornamentar es producto, más que de una imitación, de una manera análoga de concebir en el arte.

A pesar de que, como queda dicho, los asirios se acercaron más que los egipcios al naturalismo, no por eso sus ornatos dejan de responder á un convencionalismo en cierto modo *hierático*. Y hasta aquel mismo vigor y exuberancia de formas con que acentuaron el natural en las obras escultóricas, tiene mucho de decorativo, no sólo en los relieves monumentales, sino en las composiciones de azulejos cuyos motivos son leones y quimeras esmaltados de amarillo sobre fondo azul. Este modo de expresar decorando es muy de tenerse en cuenta, porque representa un segundo paso en la historia de la ornamentación. Como elementos decorativos pueden señalarse en Asiria los círculos radiados, las estrellas, los ajedrezados, las almenas escalonadas, el rosetón y las fajas formadas por una sucesión de círculos. En cuanto á la ornamentación vegetal, es en Oriente menos frecuente que en Egipto; pero se manifiesta en composiciones de tallos enlazados y flores cuyos pétalos abiertos forman la *palmeta*, adorno que después aparece en Grecia. A veces estas palmetas ofrecen por la disposición de colores aspecto de abanicos de plumas. Los motivos de flores de loto, bien en serie bien en la agrupación de cuatro, partiendo de un florón dentro de un cuadrado, aparecen con colores más severos que en Egipto Los colores empleados por los asirios fueron azul, rojo, tierra roja ó color castaño, blanco y negro para los ornatos pintados; azul, rojo y oro para los ornatos esculpidos, y verde anaranjado, ocre, blanco y negro para los azulejos. El color dominante, sobre todo en los fondos, es el azul. Los trajes asirios, á juzgar por los relieves figurativos, eran muy lujosos y en ellos se empleaban telas historiadas con flecos y borlones de primorosa labor.

Todo lo dicho respecto de Asiria es aplicable á la Persia, de cuyos escasos monumentos se ha hecho mención. Las recientes excavaciones practicadas en Susania han puesto de manifiesto hermosos paramentos de azulejos con figuras de relieve y esmaltadas de arqueros, de leones, etc., que obedecen al mismo sistema de decoración polícroma.

Del arte fenicio apenas puede formarse idea por las ruinas arquitectónicas, pues éstas son escasas; hay que juzgarle por los productos industriales. Su característica es la amalgama de elementos egipcios y asirios, interpretados á la ligera. El ornato fenicio propiamente dicho hay que buscarle en las piezas cerámicas y en especial en los vasos de Chipre. Esta ornamentación cerámica, trazada con tintas rojiza y parda sobre la arcilla seca, después de la cocción, consiste en trazados geométricos muy sencillos, ajedrezados, círculos y rosetones, losanjes y cuadrados divididos por diagonales; todos estos motivos repartidos en distintas zonas, que cubren el cuello y parte de la panza de los vasos. Algunos de estos motivos recuerdan los que se ven en la cerámica americana. Las denominadas copas asirias, escudillas metálicas cuyo origen fenicio está demostrado, presentan zonas alternadas adornadas con flores de loto y con figuras de carácter egipcio ó asirio.

La indumentaria de las esculturas de Chipre presenta adornos minuciosos y delicados, como esclavinas semejantes á las egipcias, collares, brazaletes, peinados y tocados de sumo interés y cuyos caracteres artísticos pueden comprenderse por lo ya dicho.

José Ramón Mélida

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

IV

ITALIA

El reino de Italia está sometido al régimen constitucional, y su Constitución es el *Statuto*, prometido por Carlos Alberto, rey de Cerdeña, á sus súbditos, en 8 de febrero de 1848, y el cual se promulgó el 4 de marzo siguiente. Se compone de ochenta y cuatro artículos, y el primero dice: *La religión católica, apostólica, romana, es la religión del Estado.*

Se dispone que el poder legislativo se ejerza colectivamente por el rey y las dos cámaras. Solamente el monarca tiene el poder ejecutivo; manda el ejército y la armada, declara la guerra, hace tratados de paz, de alianza, de comercio, etc., y lo pone en conocimiento de las cámaras en cuanto lo permiten el interés y la seguridad del Estado.

Las dos cámaras tienen derechos iguales; pero toda ley para imponer contribuciones ó que exija la aceptación de los presupuestos debe ser presentada primeramente á la cámara de diputados. Estos últimos y los senadores son los únicos jueces para la verificación de los poderes de sus colegas respectivos.

Los senadores, cuyo número es ilimitado, que el rey nombra, y cuyo cargo es perpetuo, deben tener cuarenta años cumplidos y pertenecer á cualquiera de las veintiuna categorías especificadas en un artículo del *Statuto:* obispos, diputados después de tres legislaturas, ministros, embajadores y plenipotenciarios después de tres años de ejercer cargo, la alta magistratura, generales y almirantes á los cinco de actividad, lo mismo que los consejeros de Estado, y los individuos de la academia y del consejo superior de instrucción pública á los siete años de grados. También se concede el derecho á *los que por servicios ó méritos eminentes hayan ilustrado la patria*, y á los



PALACIO DEL PARLAMENTO ITALIANO EN ROMA

súbditos que durante tres años hayan pagado 3 000 liras de impuestos directos, propietarios ó industriales.

Los príncipes de la casa real entran en el senado á los veintiún años y votan á los veinticinco.

El senado se puede constituir en alto tribunal de justicia para juzgar los crímenes de alta traición, á los que atentan á la seguridad del Estado y á los ministros á quienes la cámara de los diputados acuse. Excepto el caso de flagrante delito, ningún senador puede ser detenido sin orden especial del cuerpo á que pertenece, único juez de los individuos que le componen.

El rey nombra el presidente y los vicepresidentes del senado. El presupuesto de éste es de 500.000 liras anuales.

Para poder optar al cargo de diputado es preciso ser súbdito del rey, tener treinta años cumplidos y gozar de todos los derechos civiles y políticos. Los diputados se eligen para cinco años y nombran el presidente y vicepresidentes de la cámara. Sin consentimiento de ésta ninguno puede ser detenido.

La ley actual fija el número de diputados en 508, y en 135 el de colegios electorales, distribuídos en las 69 provincias del reino. Se vota por escrutinio de lista. Los colegios de 5 diputados no pueden ser menos de 33 ni más de 38, y en los puntos donde se deben nombrar 5, cada elector no puede inscribir en su papeleta más de cuatro nombres, pues debe dejarse lugar para las minorías.

Cada colegio se divide en secciones de manera que los electores no excedan de 400 ni bajen de 100. Cuando se hizo esta ley contábanse en Italia 28.953.480 habitantes, mientras que ahora hay cerca de 30 millones.

El presupuesto de la Cámara de los diputados es de unas 850.000 liras anuales.

Los senadores y diputados no reciben retribución ni se les indemniza en modo alguno; el Estado paga solamente sus viajes por las vías férreas ó los buques subvencionados por el tesoro público. Estos viajes cuestan unas 800.000 liras anuales.

El rey convoca los colegios electorales. En la mañana del día que se ha de votar, instálase en cada uno de aquéllos por un funcionario de la autoridad judicial una oficina provisional, y los veinte electores que primero llegan son los que forman la mesa. La operación dura un día, desde las nueve á las cuatro: toda papeleta debe llenarse y firmarse por el elector, después de anotarse que participa en la votación. La urna debe ser de cristal.

Para ser elector cumplido es preciso tener veintiún años cumplidos y disfrutar de los derechos civiles, sea por nacimiento ó por origen. Todo individuo que sin pertenecer al reino sea italiano tendrá los mismos derechos, con tal que haya obtenido la naturalización por carta real, prestando juramento de fidelidad al rey. *A fortiori* son electores los que tienen títulos de las escuelas superiores, los individuos condecorados, los empleados en activo servicio ó que disfruten de retiro y los soldados que por su instrucción quedan exentos de la escuela del regimiento después de dos años de servicio. También son electores los que, sabiendo leer y escribir, no pagan menos de 1.980 liras de contribuciones directas, los arrendadores cuyo contrato no baje de 300, los colonos en participación si su tierra no paga menos de 80, los que, administrando sus bienes, satisfacen el mismo impuesto y los que pagan más de 130 á 400 de alquileres, según los distritos donde habitan, teniendo en cuenta la población de 2.500 á 150.000 habitantes.

Las listas electorales quedan abiertas todo el año en cada distrito. Desde el 15 al 30 de enero el alcalde llama á la población para que se corrijan las inscripciones si fuere necesario; y terminado este período, la junta de distrito hace, durante el mes de febrero, los cambios que se indicaren. El consejo comunal, ante el cual se puede reclamar si hay lugar á ello, aprueba las listas, y después se publican, presentándolas á la diputación provincial y al prefecto, que las aprueba definitivamente.

En los ocho días que preceden á la elección, cada elector recibe una papeleta, con la cual va á votar.

Los eclesiásticos no pueden ser elegidos en los distritos donde tienen su jurisdicción.

Evalúase en 2.420.527 el número de electores inscritos con derecho á votar, pues se exceptúan los soldados en activo servicio.

Las personas sensatas creen en general que el régimen presente no puede durar mucho en Italia, porque no es completo. En todo régimen constitucional, en efecto, es preciso oponer al menos franquicias locales á la omnipotencia parlamentaria.

El gabinete italiano se compone de diez ministros, entre los cuales figura el presidente del Consejo; cada uno de ellos, excepto el último, tienen un subsecretario de Estado que puede sustituirle ante las cámaras. En el Gabinete actual, cuyo presidente es M. Crispi, hay trece ministros y subsecretarios de Estado diputados y tres senadores.

Muy difícil es distinguir los partidos políticos en el parlamento italiano, pues no están disciplinados ni obedecen á jefes, y por otra parte, no hay hombres capaces de dirigir. Solamente quedan restos de los antiguos partidos, y así es que los últimos que llegan, no sabiendo dónde ir, fluctúan entre la política oficial y la personal.

En el parlamento no hay verdaderos hombres de Estado, aunque sí diputados inteligentes muy instruídos en materia de derecho, de hacienda, de economía política y de obras públicas, pero incapaces de llevar á bien los grandes asuntos. Exceptuando Cavour, Visconti Venosta y últimamente Mansini, la cámara no ha dado todavía un ministro de Estado; siempre se tomaron del cuerpo diplomático, y esto se concibe muy bien, pues el hombre de Estado necesita hacer aprendizaje, y no puede en un país que con el *Statuto* únicamente tiene el ideal de vivir tranquilamente.

En la cámara italiana todos los diputados quieren ser capitanes, y ni uno solo consiente en figurar como soldado.

En la cámara actual, además de los trece diputados que, como ya hemos dicho, son ministros ó subsecretarios de Estado, cuéntanse treinta y tres que ya han tomado parte, con los mismos títulos, en la dirección del país, y entre ellos figuran hombres de gran porvenir.

En cuanto al senado, es más bien un cementerio que un campo de batalla. Los hombres que le componen han prestado importantes servicios al país, pero viven aislados y fuera de las luchas políticas. Difícil sería elegir entre los senadores un presidente de Consejo que fuese aprobado por la cámara.

El número de senadores no pasa de 350; pero los más viven en su país, y es raro que excedan de 100 los que asisten á las sesiones senatoriales.

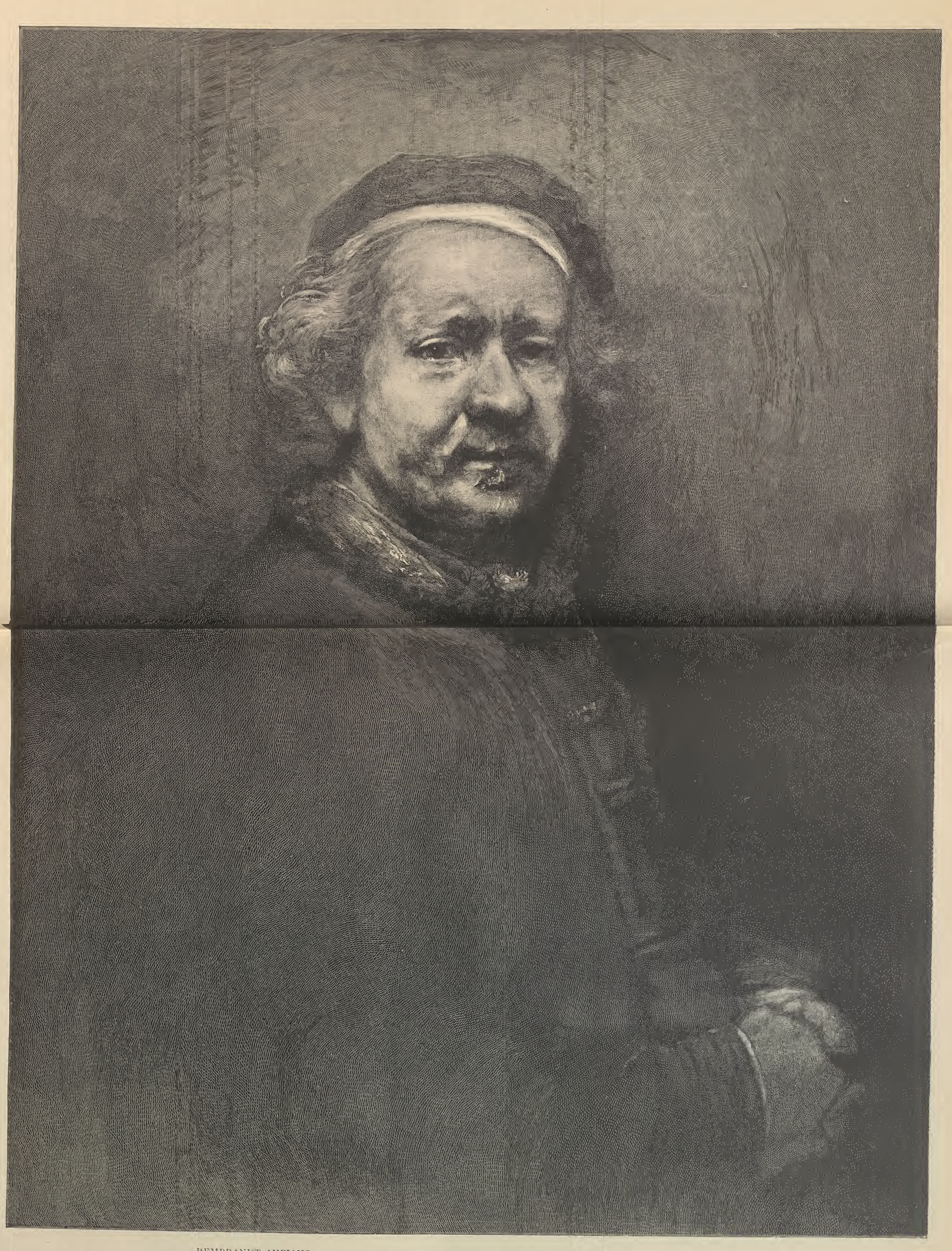
El parlamento italiano celebra las suyas en un grandioso monumento que se halla en la plaza del Puente Citorio. Es el antiguo palacio Ludovisi, edificado hacia 1650 por el Bernin. Bajo el pontificado de Inocencio XII convirtióse en Palacio de Justicia. Cuando los italianos entraron en Roma en 1870, como no encontrasen un local que pudiera servir de cámara para los representantes del país, mandaron cubrir con un tejado el patio de dicho palacio, formándose más ó menos bien una sala provisional que se inauguró el 27 de noviembre de 1871, y en la cual celebran aún sus sesiones los diputados italianos.

X.

ALGO SOBRE EL SUEÑO

Esa suspensión que en su actividad experimentan todos los días durante algunas horas el alma, los órganos de los sentidos y los músculos, y á la que se da el nombre de sueño, constituye uno de los más misteriosos enigmas de la existencia humana.

¿A qué causa obedece, cómo se verifica esa extinción periódica de la conciencia? ¿Por qué esa necesidad de reposo figura entre las más imprescindibles de la humana naturaleza, y por qué se venga cuando no se da satisfacción á sus apremiantes exigencias, produciendo graves perturbaciones en nuestro bienestar y en nuestra salud?



REMBRANDT ANCIANO, CUADRO DE REMBRANDT EXISTENTE EN LA «NATIONAL GALLERY» DE LONDRES, GRABADO DE BAUDE

Expuesto en el Salón de París de 1890 y actualmente en la Exposición de Munich

¡No lo sabemos! Tal es la contestación que aun los más sabios dan á estas preguntas. Uno de los fenómenos más comunes y más regulares de nuestra vida permanece hoy día envuelto en la misma obscuridad que hace miles de años.

Es indudable que el paso de la vigilia al sueño tiene por fundamento algunas modificaciones en las fibras del cerebro, de ese foco central de nuestra existencia espiritual; pero ¿de qué especie son estas modificaciones? Tiénese por seguro que con el sueño disminuye el aflujo de la sangre al cerebro. Este, cuanto más trabaja tanto mayor aflujo necesita y recibe, y de aquí se deduce que cuando el órgano central permanece inactivo, es decir, cuando duerme, requiere menos cantidad de sangre.

El médico inglés Durham abrió en el cráneo de algunos animales, por medio de la trepanación, agujeros en los que pegó unos trozos de cristal, y al través de estas ventanas pudo ver cómo durante el sueño de aquéllos perdía su color la masa encefálica de los mismos.

Jastrowitz, en Berlín, vió en dos trepanaciones y mientras los operados dormían el profundo sueño producido por el cloroformo, que el cerebro se encogía de tal suerte, que parecía que entre la superficie de éste y la bóveda interior del cráneo podía pasar cómodamente la mano.

Pero sea que predomine en el sueño la falta ó el exceso de sangre en el cerebro, ¿queda por ventura con esto resuelto si uno de estos dos estados es causa ó, por el contrario, efecto del sueño? La presencia ó ausencia de cierta cantidad de sangre en el cerebro ¿son bastantes á explicar el maravilloso mecanismo del sueño?

A nuestro modo de ver, hay que buscar otra explicación.

Gracias á los estudios de Liebig y de otros observadores, sabemos hace tiempo que en los músculos, mientras están en actividad, se juntan dos substancias: el ácido paraláctico y la creatina. Juan Ranke, en Munich, ha demostrado que estas substancias, en los músculos muy cansados, alcanzan una proporción mayor de su substancia seca; que inyectadas en un músculo no fatigado hacen que éste se canse y sea incapaz de trabajar, y que, en cambio, un músculo cansado recobra su perdido vigor en cuanto se expulsa de él á las referidas substancias, haciendo pasar por sus vasos sanguíneos una corriente de una solución de sal común al 0'60 por 100. Iguales fenómenos se producen en el centro principal de la vida nerviosa: cuanto más intensas son la excitación del espíritu y el simultáneo aflujo de sangre al cerebro, tanto más se acumulan en éste los productos de los cambios de materiales. Mientras en el estado de reposo ó de escasa actividad del órgano central espiritual las substancias producto de la disgregación (entre las cuales desempeña un papel importante el fosfato de potasa) son arrastradas por las ondulaciones alcalinas de la sangre, cuando el cerebro realiza un trabajo ímprobo, aquéllas se acumulan en éste y producen, según Preyer, un cansancio del mismo, del que es consecuencia el sueño.

Según Preyer, pues, el sueño nace del hecho de que durante el estado de vigilia el cerebro, la medula y la totalidad de los músculos activos producen una porción de substancias que en el estado de reposo no existen ó á lo sumo aparecen en ligeras huellas, y cuya gradual acumulación ocasiona un cansancio: si estas substancias por la fatiga engendradas se juntan con el oxígeno acumulado en el cerebro durante la vigilia que es indispensable para el ejercicio de las funciones intelectuales, síguese el descanso cerebral, es decir, el sueño, que cesa en cuanto aquellas substancias son consumidas por una oxidación completa, y el oxígeno, en el entretanto nuevamente acumulado deja sentir su acción en las moléculas del cerebro.

Que los órganos activos segregan ciertas substancias que ocasionan en definitiva el cansancio, es indudable; pero ¿queda con esto explicado el proceso propio del sueño? Al presente conocemos quizás algunas de las condiciones previas del mismo; pero hoy, lo mismo que antes, nos falta la clave para resolver tan prodigioso misterio.

La primera condición indispensable para un sueño tranquilo y reparador consiste en la ausencia de todos los estímulos é impresiones perturbadores, así externos como internos, siendo estos últimos los de peor especie. Cuando experimentamos dolores en el cuerpo ó en el alma, cuando la fiebre se apodera de nuestra cabeza, ó cuando la inquietud hace surgir en nuestro espíritu esa mezcla de temores y esperanzas que pone en tensión todas las fuerzas de nuestra alma, el sueño huye de nosotros, y sólo cuando la enfermedad cede ó la esperanza se realiza ó el dolor se trueca, por la acción del tiempo, en resignación, comienza á reaparecer el amigo de nuestras noches. El cual amigo, sin embargo, tiene sus caprichos mostrándose compañero indócil y extravagante; así, por ejemplo, hay quien apenas apoya su cabeza en la almohada se queda profundamente dormido, y en cambio muchos son los que se atormentan horas y horas sin poder encontrar el apetecido descanso.

El demonio del insomnio reina actualmente en las llamadas clases privilegiadas, á las que parece estar vedado ese bien precioso de que disfruta especialmente la población trabajadora. El proletario que casi carece de lo más indispensable para la existencia, el hombre de la naturaleza que con el sudor de su rostro gana el pedazo de pan seco apenas necesario para su sustento, pueden por lo menos tener la seguridad de que la noche les traerá la tranquilidad bienhechora y el consolador olvido: rendidos por la fatiga se duermen y despiertan con nuevos alientos y fuerzas para el trabajo. El hombre de ciencia que se pasa el día sobre sus libros, el funcionario que consume sus horas entre documentos y expedientes, el comerciante que se engolfa en sus números y en sus cálculos, cuando llega la noche á duras penas logran conciliar un semisueño, interrumpido por enojosas pesadillas, y por la mañana abandonan el lecho fatigados y extenuados. El trabajo corporal produce el cansancio y engendra el sueño; el trabajo intelectual aniquila y lo ahuyenta.

El insomnio persistente es un estado horrible que con el tiempo acaba por destruir el cuerpo, y aquellos que para combatirlo han de recurrir á medios artificiales, son ciertamente dignos de lástima. De estos medios artificiales el más peligroso es la morfina. La dosis, en un principio tan benéfica y restauradora, resulta, al cabo de un plazo demasiado corto, insuficiente, y entonces, si se quiere producir el sueño, hay que apelar á dosis más fuertes, hasta que al fin sobreviene el morfinismo.

No es mejor que la morfina el hidrato de cloral; cierto que durante su uso se consigue, con seguridad y prontitud, un sueño tranquilo que se prolonga durante muchas horas; pero el que lo utiliza porque los dolores le quitan el reposo, encuéntrase, cuando se despierta, con los mismos dolores, amén de que el cloral produce sopor, excitación y otras perturbaciones en el organismo.

Más convenientes, por lo menos cuando el insomnio es de carácter nervioso, son el sulfonal por su seguridad é inocuidad, y el bromuro de potasa, que en los casos de intranquilidad nerviosa y en dosis de 1 á 2 gramos calma y promueve el sueño. Pero por desgracia este último medicamento perjudica al estómago, y usado con exceso produce cierta pesadez y entontecimiento y hasta exantemas en el cuerpo.

Por todas estas razones, lo mejor es evitar en cuanto sea posible la farmacopea y buscar remedio para el sueño entre los medios naturales.

La costumbre es una segunda naturaleza: acostúmbrese uno á irse á la cama á una hora determinada y á dormir un número fijo de horas; para los hombres sanos y vigorosos bastan siete, los débiles y anémicos pueden permanecer en el lecho una ó dos horas más.

Las costumbres modernas han alterado por completo las horas del día, haciendo que sean las más bulliciosas las de la media noche, que la naturaleza ha destinado al sueño más profundo y más reparador. Gracias á ello, la aurora nos sorprende rendidos todavía de cansancio en la cama, que hace rato debiéramos haber abandonado para entregarnos á nuestras cotidianas tareas.

El que por sus ocupaciones se vea obligado durante todo el día á permanecer en casa ó á estar sobre la mesa de escritorio, hará bien en andar por la noche algunos kilómetros al aire libre.

Los más perjudicados por el insomnio son los enfermos: intranquilos, acosados por penosas pesadillas, rebúllense agitados en el lecho. El insomnio en las enfermedades es un síntoma grave que demuestra que la curación está lejana todavía; pero este mal por defecto de sueño puede serlo aun peor por exceso, así la profunda somnolencia en un enfermo puede ser indicio de un ataque al cerebro. Y si este estado de somnolencia se hace pertinaz será necesario despertar al paciente, hablarle, preguntarle si le duele algo, darle á menudo de beber, mantenerle la cabeza alta, menudearle las medicinas prescritas, alumbrarle el cuarto y abrir las ventanas del mismo, hacerle aspirar vinagre ó gotas de Hoffmann y darle friegas de espíritu de mostaza en la espalda, en la región epigástrica y en las pantorrillas.

Una enfermera atenta y práctica adivinará los deseos y las necesidades de un enfermo por los más ligeros indicios ó gestos del mismo aun en el estado de semisomnolencia.

DR. M. DYRENFURTH

NUESTROS GRABADOS

Antes del desafío, cuadro de A. Cassioli.—Se trata de un joven que ha de batirse dentro de pocas horas y que no muy familiarizado con el arma para el lance escogida adiéstrase en el manejo de la misma, ayudado por los consejos del que ha de servirle de padrino.

En la obra de Cassioli sobresalen en primer término dos cualidades en alto grado estimables: sobriedad en la composición y vigor en la expresión de las dos figuras, que llenas de vida destacan sobre las blanqueadas y desnudas paredes de la pobre estancia. El interés dramático que la escena encierra resulta perfectamente atendido sin exageraciones que siempre redundan en detrimento de la verdad, aunque á veces producen un falso efecto. El sentimiento que en los ojos de los dos personajes se revela está en completa armonía con la situación en que el pintor nos los presenta, y en sus actitudes no se descubre la menor nota forzada ni el más ligero vestigio de convencionalismo, cosa tanto más digna de ser apreciada cuanto que así la época como el asunto se prestaban á dar libre curso á las concepciones más ó menos reales de la fantasía.

Melilla.—Mercado exterior.—Puerta de entrada.—Vista de Melilla.—La Alcazaba.—La ciudad de Melilla, situada en la costa septentrional de Africa que baña el Mediterráneo, ocupa una reducida península que comunica con el continente africano por medio de una línea de rocas, sobre la que se ha construido una calzada protegida por los fuegos de la plaza. La vista general de la misma, la de la Puerta de entrada de la ciudad, la de la Alcazaba y la del Mercado exterior, adonde van los moros á vender sus productos, permitirán á nuestros lectores formarse idea exacta de los lugares en donde hace poco se han desarrollado interesantes acontecimientos.

Importante en todos tiempos por su proximidad á las kábilas riffeñas, Melilla atrae hoy especialmente la atención de los españoles por los tristes sucesos de que recientemente ha sido teatro. La agresión de que fueron objeto nuestros soldados durante el verano último y las continuas fechorías de los moros que no respetan vidas ni haciendas cuando los temporales arrojan á sus playas algunas de las embarcaciones que hacen el comercio entre España y nuestras posesiones de aquella costa, han despertado nuevamente la atención de nuestros gobiernos y han puesto una vez más sobre el tapete la cuestión de Marruecos y de la misión de España en Africa. ¡Dios quiera que todas las diferencias pendientes tengan solución pacífica! Pero si á las buenas no se consigue hacer respetar nuestro pabellón, no ya con pueriles satisfacciones que nada cuestan á los africanos y que ningún remedio aportan al conflicto, sino con garantías seguras y duraderas; si por desgracia algún día ha de confiarse á las armas la vindicación de las ofensas sufridas y la defensa de derechos adquiridos legítimamente, no se eche en saco roto la experiencia de nuestra última campaña en aquel continente, y ya que se haga el sacrificio procúrese obtener las ventajas que entonces se desperdiciaron y con no menos gloria alcanzar mayor provecho que en aquella ocasión.

¡Al asalto!, dibujo de Stanley Berkele.—La pieza objeto del asedio es verdaderamente apetitosa y muy á propósito para excitar, si no el hambre, por lo menos la gula de los asaltantes, que impulsados por el ansia de apoderarse de ella aguzan su ingenio y se entregan á una gimnasia inverosímil. A juzgar por las trazas, llevan buen rato en tan penoso ejercicio, y no es fácil que cejen en su empeño hasta que hinquen el diente en la codiciada presa, á menos que el dueño de ésta, advertido de lo que ocurre por los ladridos de los mismos canes ó por la delación del faldero que detrás de los cristales contempla la escena, acuda con una tranca y ahuyente al ejército sitiador ó ponga á buen recaudo la desplumada ave, dejando, como vulgarmente se dice, con un palmo de narices á los que quisieron apropiarse tan sabroso bocado.

Rembrandt anciano, cuadro de Rembrandt, grabado por Baude.—Rembrandt ha sido uno de los artistas que mayor afición han mostrado á retratarse á sí mismos. Los lectores de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han podido admirar algunos de sus magníficos retratos, á propósito de los cuales y de otras varias obras del ilustre pintor holandés hemos consignado en distintas ocasiones algunos datos relativos á la vida del artista y emitido algunos conceptos sobre sus maravillosas creaciones.

Unos y otros nos relevan de emitir nuevos juicios, que no podrían ser sino repetición de los antes expuestos, por lo que nos limitamos á llamar la atención de nuestros suscriptores sobre las imponderables bellezas que el *Rembranat anciano* atesora y sobre la magistral reproducción del mismo, hecha por Baude, cuyo trabajo ha sido admirado en el último Salón de París y en la actual Exposición de Munich.

La estatua de Lamartine en Macón.—Casa en donde nació Lamartine.—La ciudad de Macón celebró hace poco con grandes festejos el centenario del nacimiento del poeta ilustre, del hombre de Estado que después de haber tenido en su mano los destinos de su patria descendió del poder pobre y hubo de recurrir á su pluma, que no fué bastante á reponer su perdida hacienda, y de aceptar para acabar tranquilamente sus días una recompensa nacional votada por la Cámara de diputados.

Su ciudad natal elevó para honrar su memoria el monumento que reproducimos y que fué inaugurado en 18 de agosto de 1878; álzase en el paseo del muelle del Sur, delante de las Casas Consistoriales, y su altura total es de 9'10 metros, de los cuales 3'20 corresponden á la estatua, que sintetiza por su actitud y por su expresión á la vez al poeta y al orador. En la cara del pedestal que mira al Norte se lee esta sencilla inscripción: *A Lamartine* 1878, y en las otras están representadas por medio de figuras alegóricas la poesía, la elocuencia y la historia. Este monumento, obra de M. Falguiere, escultor, y M. Scellier, arquitecto, costó 500.000 pesetas, producto de una suscripción pública.

La casa en donde nació el inmortal autor de la *Historia de los Girondinos* es de modesto y sencillo aspecto, como puede verse en el grabado; ocupa el número 18 de la calle de las Ursulinas, en Macón, y data, á juzgar por algunos detalles arquitectónicos, del siglo XIV. A consecuencia de sus continuos reveses de fortuna, Lamartine hubo de venderla en 4.000 pesetas. En 1870 colocóse en su fachada una lápida de mármol negro, sobre la que hay grabada la siguiente inscripción: *Aquí nació Alfonso María Luis Lamartine en 21 de octubre de 1790.*



EL VINO

POR EDMUNDO DE AMICIS

CON ILUSTRACIONES DE A. FERRAGUTTI, E. XIMENES Y E. NARDI



STUDIADO el vino en la cepa, considerado en la leyenda, en la poesía y en las costumbres, sabido cómo se compone y cómo con él se trafica, de qué manera obra en el organismo y por qué medios conduce al delito, á la locura y á la muerte, resta tan sólo tratar de sus efectos psicológicos; explicar, esto es, cómo opera en la inteligencia, en la imaginación y en el sentimiento, mientras se permanece, bebiendo, á mucha distancia de aquel límite funesto, salvado el cual cae el bebedor en las manos del profesor Lambroso.

Acerca de los efectos generales y ordinarios del vino nada podré decir que la mayor parte de mis lectores no haya observado ó no esté en actitud de expresar. A cada uno, por lo menos una vez en la vida, después de un banquete placentero de amigos, durante el cual se haya con sobrada frecuencia asomado, como dice un poeta, al redondo ventanillo de la copa, le habrá ocurrido de reseguir en sus adentros, al siguiente día, los diversos períodos de alteración por los cuales pasó su mente, su corazón y su lenguaje; hacer un esfuerzo para darse cuenta de la progresión de la embriaguez; estudiar curiosamente aquel yo ficticio que fué por espacio de algunas horas, como si se tratase de examinar el talante de un desconocido. Y el asunto es digno de estudio, en realidad, al menos tanto como cualquiera de las llamadas enfermedades mentales, puesto que si bien la embriaguez es dolencia de pocas horas y de segura curación, resulta de extrema importancia por la razón que á cada momento nos toca vivir y tratar con ella, refrenarla y persuadirla, verla, fingiendo que no la reconocemos, circundarla de miramientos para no exasperarla y servirse de ella en algunas ocasiones. Y dejando á un lado sus consecuencias, aquella alteración creciente de los sentimientos y de las ideas, aquella continua sucesión de diversos estados en la conciencia, por cuya virtud se llega de la serenidad tranquila que se sigue á los primeros sorbos, á la exaltación ardiente y tumultuosa de los últimos brindis, es por sí solo un acontecimiento psicológico tan extraño y tan fecundo para el estudio de la naturaleza humana, que nunca será bastante meditado por el filósofo ni por el artista.



Veamos de seguirlo paso á paso, sentándonos á la mesa del banquete.

Cada cual conserva en la mente las preocupaciones de la existencia; dificultades no resueltas, presentimientos de dificultades futuras, recuerdos de recientes sinsabores, alguna bella esperanza que brilla y se obscurece según los momentos, temores, cierto hastío, aquel leve sentimiento de fatiga moral que sucede á la acelerada labor de la mente; cada uno se encuentra en aquel estado de ánimo, en el cual estamos casi siempre todos, de expectación pensativa é inquieta. De un golpe surge en nuestro cerebro una idea ó una imagen risueña. Todos, en ocasión parecida, hubiéramos podido aprisionar al vuelo esta primera mariposa mensajera de la embriaguez que aparece de improviso en la mente, y nos hace exclamar, después de la primera copa: «Por esta noche, echemos fuera el fastidio y las preocupaciones.» Apuntada aquella idea, entramos en el primer período, en el cual debemos siempre detenernos. La mente está en plena posesión de sí misma, pero con nueva energía de frescura, como tras de un reposo: las cosas se le presentan todavía con sus proporciones y con sus colores reales, pero circundadas de una sutilísima orla luminosa. En el campo que recorre con más frecuencia nuestro pensamiento, que es el del presente día y el del día futuro, el obstáculo que poco antes nos parecía insuperable, ahora nos parece que, de una ú otra manera, lo podremos salvar; nace una lejana esperanza de resolver dificultades intrincadas; se entrevé vagamente la manera de conciliar ciertas graves discordias entre la reflexión y el sentimiento; cobramos mayor confianza en la suerte y en nosotros mismos; se nos antoja que volvemos á comenzar la vida mejor dispuestos y más fuertes, después de aquel esparcimiento del espíritu, del cual comprendemos en aquel momento que teníamos verdadera necesidad ¿Existe algo en realidad más honestamente lícito y más saludable que este pequeño desahogo, moderado, de jovialidad y aturdimiento entre los amigos, después de muchos días de labor y de cuidados? Si algún decaimiento hemos experimentado en aquel mismo día, si hemos desconfiado, por un momento, de nuestras facultades intelectuales ó de nuestras fuerzas físicas, ahora todo nos sonríe. ¡Nuestra percepción se hace tan lúcida, nuestra palabra tan fácil, nuestra voz tan llena! ¡Sentimos una traspiración tan agradable, el conjunto de nuestras fuerzas tan dulcemente fundido, la vida tan poderosa á un tiempo y tan ligera! Y la conversación mana admirablemente. Los argumentos se suceden, pero cada uno resta por algún tiempo sobre el tapete, discutido con vivacidad, pero con orden. Y ningún tema de discurso resulta indiferente. Aun en aquellos asuntos más ajenos á nuestra cognición y á nuestros intereses, nos sentimos como forzados á entremeternos, y sobre cualquier cosa se consigue decir algo ingenioso ó por lo menos sensato y aceptable. Las adversas opiniones se concilian fácilmente; quien no está persuadido finge estarlo; á cada uno se le consiente algún pequeño triunfo de amor propio; y así cada uno está satisfecho de sí y de los demás, y esta satisfacción se traduce en mil menudos servicios y delicadas cortesías insólitas, y comenzamos por pensar que, en realidad, la compañía no podía combinarse mejor; que no había modo de juntar caracteres más congeniales ni más armónicos. Y en esta creciente satisfacción de todos, cada vez que uno se repliega en sí mismo, ve todas sus cosas lentamente ordenarse, esclarecerse, adquirir á más y mejor el color que cuadra á sus deseos; las esperanzas que estaban al fondo del cuadro avanzan poco á poco al primer término, los sinsabores retroceden hacia la sombra, cuanto se nos presenta triste ó difícil en la senda se ofrece como de escorzo; todo gira, se atenúa suavemente, se dispone de modo que forma un agradable conjunto como en los espectáculos teatrales. Y creemos plenamente en ello. Una voz íntima nos susurra con dulce acento: «Todo es ilusión.» Nosotros respondemos: «Es realidad.» Ilusión fué el cuadro poco risueño que antes vislumbrábamos, teniendo el ánimo fatigoso y contristado con la lucha por la vida: no lo que ahora contemplamos casi lejos del mundo, en una región más elevada y más serena. Ahora hacemos el propósito de recomenzar el trabajo al siguiente día, con más resolución y con mayor ánimo, y nos representamos ya en la mente una nueva vida vigorosa, sin intervalos de inercia, llena de emociones fecundas y de osados proyectos, concitada y ardiente como la alegría que bulle á nuestro alrededor; y con un sorbo del licor predilecto reforzamos nuestro empeño y lo sellamos con un seco golpe de la copa sobre la mesa Pero de improviso, más ó menos tarde siempre llega, el efecto del vino parece cesar de una vez. El cristal rosado, á cuyo través veíamos los objetos, desaparece; todas las cosas vuelven á cobrar por un momento su aspecto real, todos los pensamientos molestos regresan á bandadas, y nos sentimos casi abatidos por el descorazonamiento. En tal instante se observa al comensal, hasta aquel momento alegrísimo, doblar la cabeza y tener fijos los ojos por algún tiempo en la copa, que hace girar entre sus dedos. Pero son breves momentos. La nube dorada que nos envuelve, rasgada apenas, se junta de nuevo; volverá á rasgarse aún alguna vez, pero la rotura será siempre más sutil y con facilidad volverá á cerrarse. En tanto la embriaguez crece y se extiende. Leve punta de pensamiento lúgubre asoma acá y acullá, pero no tarda en sumergirse. Las facultades intelectuales que han llegado á su máxima potencia, radican todavía en el puño de la voluntad. La labor de la mente se efectúa con tanta rapidez que no tenemos casi de ello conciencia, quedando maravillados nosotros mismos. En pocos segundos damos vueltas á las cien facetas de una idea para encontrar – y lo encontramos – el único punto que se presta al ridículo. La chinita del amigo nos ha tocado apenas, que ya la respuesta ha dado en el blanco. El pensamiento prorrumpe de la mente en fórmulas precisas y brillantes; las bien halladas argucias empalman, la anécdota corre fácil y suelta, llena de digresiones imprevistas y de comentarios inesperados; todo, acompañado, seguido, puesto en música, si así puede decirse, por aquel íntimo buen humor juvenil y profundo que se ríe de sí y de los otros, siendo por sí mismo una fuerza cómica de primer orden. Nadie puede atajar aquel curso impetuoso de ideas y de palabras. El horizonte del pensamiento se dilata rápidamente y de todos sus ámbitos vienen nubes de ideas y de imágenes; de todos los escondrijos de la mente surgen recuerdos de sucesos, rostros de personas, frases, versos, fechas, impresiones de lecturas, radicales olvidadas de extranjeros idiomas, grupos de lejanas reminiscencias que creíamos muertas, relámpagos que iluminan vastas regiones de lo pasado. En pocos minutos de silencio se forma una represa en la mente, que se despeña luego por el primer portillo abierto en cascada rumorosa de períodos que ensordecen al auditorio.









La mente no sabe ya lo que ofrece ni lo que recibe. Nos sentimos transportados de un soplo de inspiración. Nos llega á parecer que no hablamos nosotros y que simplemente repetimos las palabras de otra persona más perspicaz, más docta, más fecunda que nosotros, la cual nos sugiere precipitadamente al oído cuanto debemos decir. La embriaguez crece á oleadas. A la oleada de las frases y de las anécdotas sucede la de las discusiones, un verdadero pugilato de oraciones, una manía de polémica infatigable; argumentaciones interminables sobre la dudosa edad de una actriz ilustre ó acerca la sinonimia de dos palabras; controversias filosóficas sutiles, vueltas á tomar diez veces desde el principio con una constancia de hierro, en las cuales cada uno de los controversistas preferiría morir antes que ceder el primero; disputas sobre asuntos diversos, que se cruzan de un lado á otro de la mesa y que se prolongan aun cuando no sea posible ya entenderse con palabras, por afirmaciones ó negaciones obstinadas de la mano y de la cabeza; luego, de improviso, una corriente de hilaridad que lo arrastra todo, sofoca los despechos nacientes y se produce general acuerdo.

Y entonces sube y avanza lentamente la gran oleada del amor al prójimo. Quien está alegre, es siempre benévolo. Nos hemos enriquecido en pocas horas; por lo mismo somos pródigos. La bondad que nos llega con los vapores del vino, se acrecienta aún más con el reflejo de la que vemos brillar en las caras de los circunstantes. De los presentes no recordamos más que las buenas cualidades y las demostraciones de amistad y simpatía de que nos hicieron objeto. De los ausentes no se nos aparecen más que las figuras simpáticas. En nuestro corazón se acumulan tesoros de indulgencia. La cortesía adquiere gradualmente las proporciones del elogio. Comenzamos por hacer la apología de algún ausente, en la cual todos consentimos, aun sin conocerlo. Insistiendo más todavía el afecto, vencemos el pudor y ensalzamos á los presentes en moderada forma, pero con calor, por débito de justicia, y nos sulfuramos contra la modestia que nos mantiene encogidos.

Pero todo esto no basta. Recorremos la historia de nuestras amistades, exageramos los servicios que nos han prestado é inventamos algunos para poder expresar nuestra gratitud; exhumanos nuestras antiguas faltas, perdonadas tiempo ha, tanto para confesarlas otra vez como para hacérnoslas perdonar de nuevo, para echarnos una piedra más encima. Pensamos en los amigos lejanos, que teníamos en completo olvido, y nos proponemos escribirles á la mañana siguiente una carta afectuosísima, cuyo primer período nos suena ya en la mente. Nos acordamos de las personas con las cuales nos hemos peleado, y decidimos ir á su encuentro para reconciliarnos el día próximo. No queremos que subsista ni una sombra en el hermoso cielo color de rosa de nuestra vida. La imaginación nos ofrece el mundo tal como debiera ser, todo tolerancia, armonía y bondad No es así ciertamente: la razón nos lo dice aún. Pero existen virtudes, santas existencias ignoradas, nobles entusiasmos, ejemplos sublimes de generosidad y grandeza. No nos es posible ver todo esto. Pero sentimos el corazón de sobra suficiente para contener mayor número de afectos, un tesoro centuplicado de admiración y de entusiasmo. Y nos hostiga la necesidad de expandir nuestra benevolencia por encima de los que tenemos alrededor, lejos, hasta la humanidad desconocida, de igual modo que se experimenta el deseo de llenar con los sonidos de la propia voz un valle ancho y sonoro. Y al llegar á este punto, la mente sobrexcitada suelta la chispa de la creación. El poeta dramático ve relucir las líneas complejas de un drama potente, el banquero la idea confusa de una idea temeraria, el arquitecto los grandiosos contornos de una mole que vencerá á los siglos. Mas la conversación clamorosa rompe el curso de las grandes ideas solitarias. Los temas usuales no bastan ya. Se eleva el discurso á los grandes hombres, á los maravillosos espectáculos de la naturaleza, á los graves problemas sociales, á la fraternidad de los pueblos, á la inmensidad del espacio, á la inmortalidad del espíritu; se mide el universo á vista de águila, se habla con frases de proclama, con gesto imperativo y acento de tribuno, no encontrando palabras de sentido bastante amplio ni epítetos suficientemente hiperbólicos para responder á las exigencias impetuosas del sentimiento que nos absorbe. Y aquel círculo de amigos, entre cuatro paredes, nos resulta mezquino y sofocante.





Quisiéramos abalanzarnos á una baranda y soltar un torrente de palabras ardorosas sobre una multitud atónita, ó electrizar una platea desde el palco escénico con un monólogo sublime. Y entonces cada cual se desahoga á la medida de su gusto: recitando una estrofa vibrante de un gran poeta, imitando el grito de un artista famoso, poco menos que suicidándose con la tentativa de un *do* de pecho. Todo ha cambiado dentro y fuera de nosotros: nos vemos delante de un porvenir sin confines, nos sentimos aún jóvenes para el amor, para la gloria y para la riqueza, y cuando chocan todas las copas en aquella mezcolanza de vivas y de saludos, todo revuelto en una niebla ardiente y luminosa, donde no se contemplan más que ojos brillantes y bocas que sonríen, – ¡ah! – no parece sino que principie una era nueva para el género humano.

* * *

Estos son los efectos generales. Pero el vino produce una embriaguez distinta, no sólo según los temperamentos y los caracteres, sino también según la disposición particular de ánimo en que nos encontramos al sufrirla. Es inútil por demás citar todas aquellas clasificaciones generales que de la embriaguez hicieron los psicólogos y los escritores. Queriendo dar una idea de la variedad de los efectos del vino, conviene limitarse á delinear algunos retratos, elegidos entre aquellos cuyos originales se encuentran más á menudo en nuestro camino.

El tipo más frecuente es el que ha dado origen al dicho latino *in vino veritas*.

La manifestación, casi involuntaria, de los más escondidos pensamientos bajo el influjo del vino, deriva del siguiente hecho: que no estando en perfecta relación las sensaciones con los objetos externos, ni las ideas con las sensaciones, se desvanece la prudencia que nace del sentimiento de aquellas relaciones, y no se obedece á otro impulso, al hablar, que á la pasión predominante de momento. Casi todos, durante la embriaguez, dejan escapar algún secreto. Pero es increíble el extremo á que llegan algunos, de índole viva y abierta, en la pendiente de las confesiones.

Aquejados de verdadero furor de sinceridad, sienten ansia irresistible de publicar todas sus culpas y todas sus debilidades. Doctos, se acusan de ignorancia vergonzosa; hombres de negocios, confiesan actos deshonrosos, intenciones culpadas, ruines pensamientos que tuvieron en determinadas ocasiones, ridículos defectos, disentimientos domésticos, secretos conyugales y hasta acciones reprobadas que están en vías de cometer, insistiendo y acalorándose para persuadir á los incrédulos, provocando y aceptando merecidos reproches, volviendo sobre lo dicho para agregar pormenores que lo hacen más grave, doliéndose con toda el alma cuando notan que el asombro de los presentes no corresponde á la gravedad de sus revelaciones; y cuando lo han dicho ya todo y se han mostrado al revés como un guante, se sienten satisfechos, como si hubiesen pagado una deuda, como contentos de haber retirado aquella parte de estima que les guardaba la gente, casi lavados de toda culpa después de su confesión, y



Puri é disposti á salire alle stelle.

Con éstos forman contraste otros, en su mayor parte de índole retraída y circunspecta, en los cuales parece que tiene el vino por principal objeto fortificar el sentimiento de la dignidad individual. Estos padecen el *pudor del vino*. Se truecan en desconfiados de sí mismos. Pesan todas las palabras y hablan lo menos posible. Su embriaguez es una especie de rumia taciturna de sus propios pensamientos. Si abren la boca, es para decir algo tan riguroso, tan sólidamente sensato, que el más caviloso de sus críticos no encontraría sílaba censurable. En éstos el efecto del vino tan sólo se vislumbra en los ojos lus





trosos y en el difícil movimiento de los labios. A medida que beben, su gesto se hace más correcto, su mirada más recogida y su palabra cada vez más dogmática. Llegan á asumir la expresión de la suprema gravedad que se apodera del rostro de un hombre preocupado por un pensamiento solemne. Y se le ve andar por la calle con rigidez automática, con pasos lentos y mesurados, á lo tirano de drama antiguo, llevando la propia dignidad con el cuidado que pondrían en llevar una taza llena de esencia milagrosa, temerosos de verter una sola gota; si bien que, de trecho en trecho, una ligerísima oscilación de su persona, ó un largo y majestuoso giro de cuatro de fondo que efectúan alrededor de un pequeñísimo obstáculo, revela que la esencia milagrosa es simplete vino Barolo.

El vino excita en otros el sentimiento caballeresco. Razonables y contenidos en todo lo demás, no manifiestan la borrachera más que por insólito ardor belicoso que les incitaría, como á don Quijote, á afrontar un ejército entero. Adquieren una delicadeza de amor propio en alto grado susceptible. Saltan por nada, y en cualquiera cuestión que se ofrezca no ven otra solución que un duelo. Como Macbeth el mango del puñal, en todas partes distinguen el pomo de una espada ó la culata de una pistola. Se entremeten en todas las cuestiones para tomar el partido del más débil; asumen la defensa de un ausente, por el cual sienten indiferencia completa, con frases provocativas; se paran súbitamente en mitad de la calle para clavar la vista en el desconocido que miró vagamente al pasar...

¿Quién no les ha visto, no una, sino cien veces, en una butaca ó en un palco, volver con soberbia el rostro á la multitud que le impuso silencio, buscando con guerreros ojos un espectador que asuma la responsabilidad de la grande y anónima injuria de la platea? Quien no los conozca, imagina que se trata



de corazones altivos é impertérritos, dispuestos á todo, saturados de sublime desprecio por la vida. Nada de esto. Son pobres diablos que han vaciado un par de botellas, duelistas de pensamiento, d'Artagnan de una noche, que á la mañana siguiente se maravillan grandemente de sus audacias nocturnas.

Otra forma curiosa de la embriaguez es la que se observa principalmente en ciertas naturalezas sobrias y discretas, de esas que nunca rebasan la justa medida de las cosas y que son poco accesibles á las pasiones turbulentas. Estos, llegados á cierto grado de embriaguez, no se encuentran á gusto en compañía, se alejan de los amigos, huyen de la algazara, sienten la necesidad de pasear su beatitud por parajes solitarios, á la luz de la luna, y allí meditan sus asuntos y filosofan serenamente sobre la vida humana, deteniéndose á contemplar bellezas del paisaje que antes no notaron, errando á la ventura, expandiendo el alma, en su mudo reconocimiento frente á la inmensidad de la naturaleza.

A estos se les pudiera llamar los «Arcades de la embriaguez.» Parece que el vino se transforme en horchata en sus venas, endulzando su índole, ya de sí afable y tranquila. Se les reconoce á simple vista. Se les encuentra á menudo por los rondas exteriores de la ciudad á las altas horas de la noche. Suave tarareo anuncia su proximidad; luego se ve asomar á la luz su rostro plácido, nos dirigen benigna mirada y desaparecen. Vanse á reposar con el corazón contento y se duermen con una sonrisa en los labios.

Esta especie de embriaguez reposada tiene su perfecto reverso en aquella á la cual rinden tributo ciertos individuos de temperamento ardiente é inquieto, de esos que exageran en todo. Una vez presa de la embriaguez, gustando el goce febril de la vida, se aferran á ella con avidez violenta, no llegan á saciarse, quisieran que durase eternamente. La idea de que la velada tendrá término, de que la compañía se dispersará y de que, en la soledad que les espera, se disolverá el tesoro de pasajera ventura que les ha proporcionado el vino, los contrista y afana. Cuando ya parece todo acabado, llenan de nuevo las copas, entretienen la marcha de sus amigos con sus ruegos, hacen volver atrás á quien se va, se lamentan y se enfadan. Por fin, como el *hombre de las multitudes* de Edgardo Poe, que sufre el terror de la soledad, desaparecida la compañía primera buscan otra nueva, corren de un sitio á otro hasta muy tarde, yendo á dondequiera resta lumbre de vida, soplando en ella afanosamente para que brote la llama, y cuando al fin quedan solos, evaporada súbitamente la embriaguez, regresan al hogar irritados consigo y con los demás, maldiciendo del mundo hipócrita y estúpido que se conjura contra sus placeres.



Otros, y son tal vez los menos divertidos, sufren el vino amoroso. Para estos se reduce la embriaguez á una visión del Paraíso de Mahoma. Cien veces se les obliga á cambiar de razonamiento y otras tantas vuelven sobre el mismo dulce tema. Recuerdos de aventuras juveniles, fragmentos de poesías eróticas, apodos de antiguas amantes, reliquias ya carbonizadas de antiguas pasioncillas de contrabando, todo se revive en su interior y remonta á la cima, por efecto de unas cuantas copas de vino. Y no sube nada más. En sus breves intervalos de silencio no imaginan más que osados proyectos de declaraciones de amor y de sorpresas nocturnas. En la calle, al roce de un vestido, se vuelven con ímpetu como enamorados á la llegada de la amante. Sus ojos se inundan de dulzura, su boca adopta los melindrosos gestos de las mujeres de oleografía, y su lenguaje se reduce á lánguidas entonaciones, vanidosas reticencias y breves frases de doble sentido, de las cuales sonríen guiñando los ojos con profunda complacencia. No existe nada más cómico que ver cómo surge poco á poco, por efecto del vino, algunas veces bajo la apariencia de un hombre habitualmente austero, esta leve imagen recóndita de un don Juan arrodillado, que estábamos muy lejos de sospechar.

Algunos hay á quienes el vino excita particularmente las facultades intelectuales. Es un efecto común, pero en éstos alcanza un grado maravilloso. Pasa de exaltación, es una verdadera transformación. Personas incultas, de mediana inteligencia, de palabra torpe, desprovistas de todo atractivo, revelan de pronto conocimientos de que nadie les creía en posesión, hablan fluidamente la lengua que balbuceaban apenas, se enredan en discusiones en que antes no osaron despegar los labios y confunden á adversarios superiores á ellos con inesperados destellos de ingenio. A continuación se entusiasman con su triunfo, y así suman embriaguez á embriaguez. Y entonces se ponen colorados, resultan bellos, adoptan aristocráticas aptitudes y movimientos y dejan un elevado concepto de sus personas en quien los ha visto por vez primera. Y á la mañana siguiente, todo está desvanecido. El que los conoció en la víspera no los reconoce ya. De nuevo son incultos, torpes, atontados y huraños. Son ni más ni menos que el negro esqueleto de un fuego artificial quemado.

Otros de fibra delicada y excitable, de carácter alegre y habitualmente sobrios, sufren una embriaguez casi instantánea, que se manifiesta en extrañísima forma. Tomadas las primeras copas, quedan vencidos; todas sus ideas se mezclan en desorden como si fuesen atacados de delirio. Hombres de ingenio dejan escapar de sus labios las más estrambóticas tonterías y los más firmes despropósitos, ríen como niños, hablan con voz de falsete, bracean, gesticulando como descompuesto Pulcinella y se hace con ellos lo que al primero se le antoja: se prestan á las más toscas farsas, crédulos, manejables, niños grandullones sin pizca de entendimiento, llenos de caprichos desatentados, se les debe acompañar á su casa de bracete para evitar que hagan alguna torpeza propia de chiquillos.



Otra variedad muy frecuente de la embriaguez es la de la melancolía. A muchos excita el vino solamente el sentimiento de las cosas tristes, ó por mejor decir, la poesía de las cosas tristes, puesto que en las manifestaciones que hacen de su propia tristeza, hay cierta complacencia que excluye la verdadera tristeza. Su embriaguez consiste en una jovialidad vestida de negro. En tanto el concurso de amigos, después del banquete, llena la sala de risas y de alegría, permanecen ellos en un ángulo, donde han secuestrado á un amigo condescendiente, refiriendo con muchos detalles tristes la historia de la enfermedad de un pariente, una desgracia acaecida á un amigo, una visita al cementerio; pero sin sombra de jactancia, con sincero acento, con frase conmovedora, con voz dulcemente monótona, con exquisita delicadeza de sentimiento y de expresión, que nunca mostraron en ayunas y que los hace aparentar más sensibles y poéticos de lo que realmente son. Y amargan algunas veces el vino que beben con una rociada de lágrimas silenciosas, que producen singular efecto en sus facciones purpurcadas por el Barbera.



(Continuará.)

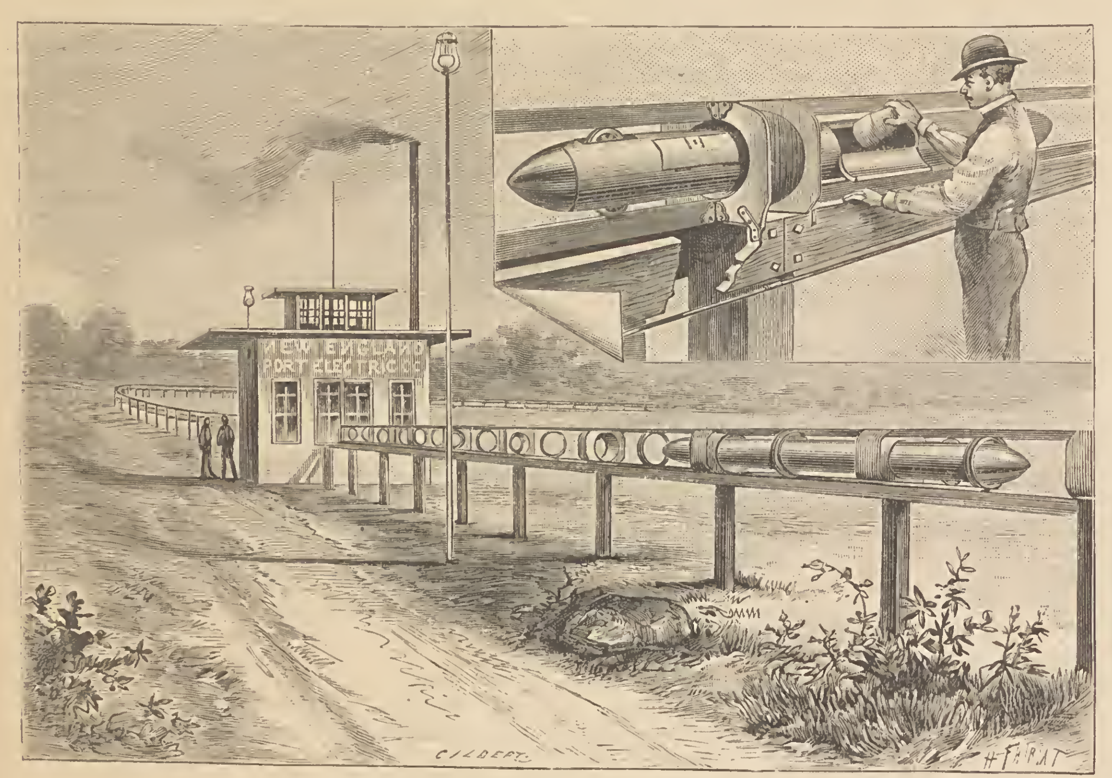


SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PORTEELÉCTRICO

Nuevo sistema de transporte para la correspondencia y los pequeños paquetes

Este sistema del portceléctrico ha sido expuesto en 1888 en Boston, donde hoy se le ensaya en una línea de cerca de un kilómetro de longitud.



El porteeléctrico de Boston en los Estados Unidos

Sus inventores Mrs. A. E. Dolbear y J. T. Williams han ideado determinar el movimiento del transportador por medio de una corriente eléctrica producida é interrumpida á intervalos de tiempo muy cortos en unos carretes anulares análogos á solenoides que debe el transportador atravesar sucesivamente.

La línea de experimentos ha sido dispuesta en circuito cerrado de forma oval, en algunos de cuyos puntos se han acumulado las dificultades; por ejemplo, en los dos extremos del óvalo se han combinado curvas y pendientes, dos de las cuales llegan una al 8 y otra al 11 por 100. Para facilitar los ensayos la vía está asentada sobre traviesas de madera sostenidas por pilares de 1'25 metros de altura, colocados á una distancia de 1'80 metros unos de otros.

Sobre cada pilar hay un carrete ó solenoide, cuyo diámetro interior es de 0'275 metros: estos carretes llevan 9 kilogramos de alambre número 14. De suerte que cada sección de la línea comprende dos semi-intervalos entre los carretes, y tiene, por consiguiente, una longitud de 1'80 metros. Las armaduras sobre las que se arrollan los alambres están atravesadas por dos rieles planos colocados de canto sobre los cuales ruedan dos tejos fijados en el transportador. El riel inferior está en conexión con una de las bornas de la dinamo y el otro va unido á un hilo de plomo paralelo al mismo riel, que algunos auxiliares puestos perpendicularmente en el carrete enlazan con el riel superior. El paso del transportador, que tiene una longitud de 3'60 metros y abarca por ende siempre parte de dos secciones á la vez, cierra el circuito entre los rieles, al través del carrete colocado delante de él; pero cuando llega á la mitad de su curso, la corriente se interrumpe y pasa al carrete siguiente. De este modo se obtiene un movimiento continuo.

El transportador, como lo indican las figuras del grabado que reproducimos, tiene la forma de un cilindro terminado por partes cónicas, y presenta cierto número de puertas laterales para efectuar la carga.

La estación central que se ve en nuestro grabado y que está atravesada por la línea de experiencias contiene una máquina de 20 caballos que hace funcionar una dinamo.

El transportador invierte un minuto y medio en recorrer los 900 metros que constituyen el circuito total, lo que corresponde á una velocidad de 10 metros por segundo.

LA CIENCIA EN EL TEATRO

ILUSIÓN OBTENIDA POR MEDIO DE LAS TELAS METÁLICAS

El uso de decoraciones pintadas sobre telas metálicas, que son unas veces transparentes y otras opacas, según que estén iluminadas por delante ó por detrás con relación al espectador, ha dado lugar á notables aplicaciones por las cuales se logra un efecto de gran ilusión.

Este ingenioso procedimiento empleado recientemente en el Hipódromo de París, lo había sido ya en otros teatros para ciertas escenas de apariciones, de que podríamos citar varios ejemplos. Sin olvidar la aparición clásica del Comendador en el *Don Juan* y la visión de Fausto, podemos recordar también, entre otras, la de San Corentino en *Le Roi d' Is*, la de santa Alice en *Zampa* y finalmente el sueño de Mathis en *Le Juif Polonnais*, comedia de Erckmann-Chatrian representada en el teatro de Cluny en 1869 y en 1879 y más tarde en la Gaité de París.

Este sueño se representaba por medio de una tela metálica pintada que por un simple cambio de iluminación, fuese delante ó detrás de la misma, producía el efecto siguiente. Al levantarse el telón, el teatro representaba una habitación (fig. 1) en la que se desarrollaba la primera parte de la escena; el posadero Mathis, el protagonista de la comedia que no hemos de referir detalladamente, recitaba un corto monólogo y se retiraba á descansar á la alcoba que se ve á la izquierda del grabado, donde se dormía después de murmurar algunas palabras. Entonces el fondo del escenario, en el que todos los objetos representados estaban pintados sobre la tela metálica desaparecía gradual é insensiblemente, para dejar aparecer poco á poco el sueño del personaje, es decir, el tribunal representado en la fig. 2.

El efecto de esta decoración, pintada por Robecchi, era asombroso, y los espectadores no sabían qué pensar de este sueño presentado como realidad. La escena aparecía como al través de una ligera bruma en el mismo sitio en donde un momento antes se veían los muebles y una decoración que había desaparecido sin cambio aparente. El sueño, que se hacía tangible, emocionaba profundamente al público: el actor Tallien, que desempeñaba el papel de Mathis, contribuía á esta ilusión convirtiéndose también en un personaje de sueño y representando la escena de un modo maravilloso. Este episodio del tribunal terminaba, como en una pesadilla, por el despertar brusco del que dormía. El presidente del tribunal le condenaba á ser ahorcado, y al pronunciarse esta palabra todo desaparecía, ofreciéndose de nuevo á la vista del espectador la habitación del primer cuadro. Este efecto se producía suprimiendo bruscamente la iluminación del fondo detrás de la tela metálica é iluminando simultáneamente las candilejas del proscenio.

Este sistema es susceptible de numerosas aplicaciones, entre ellas la que vamos á describir y que fué presentada en el invierno de 1889 á 1890 en varios salones de París. El operador aparecía llevando un cuadro en el que había pintada una jaula dorada sobre fondo negro con pájaros dentro, lo colgaba en un biombo é inmediatamente la jaula parecía ahuecarse, tomar su forma natural, y los pájaros empezaban á volar y á cantar. He aquí cómo se lograba este prodigio. El biombo en donde se colgaba el cuadro tenía una abertura invisible que se abría por deslizamiento y era del mismo tamaño que la jaula pintada, detrás de la cual había una jaula verdadera igual á la de la pintura con pájaros vivos y colocada sobre un fondo negro. El cuadro colgado tapaba la abertura que funcionaba en seguida, y gracias á un sistema de iluminación que no describimos porque puede hacerse de distintos modos, la luz que alumbraba el cuadro por delante se extinguía insensiblemente, mientras otra situada detrás de aquél alumbraba poco á poco la jaula verdadera, que entonces se distinguía al través de la tela metálica que se había hecho invisible. Los pájaros sorprendidos por esta luz que el público no veía, pero que á ellos les deslumbraba, se ponían á volar y á cantar, aumentando de esta suerte la ilusión.

La precisión es en este experimento de suma importancia, y la regulación de la luz, que debe hacerse con minuciosidad suma, es un elemento esencial, pues todo el éxito de la ilusión depende de la manera como la iluminación pasa casi insensiblemente de la cara anterior á la posterior de la tela metálica.

A pesar de su gran analogía es preciso no confundir los efectos debidos á la transparencia y á la iluminación de una tela metálica con las proyecciones disolventes ó con los efectos diorámicos de Daguerre, pues éstas son pinturas sobre tela que se modifican y no objetos reales que aparecen de repente.

(De *La Nature*)

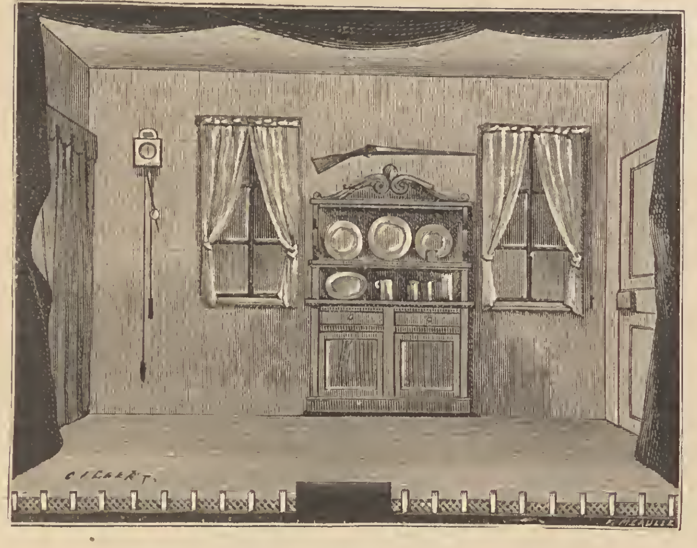


Fig. 1. Decoración de tela metálica iluminada por delante

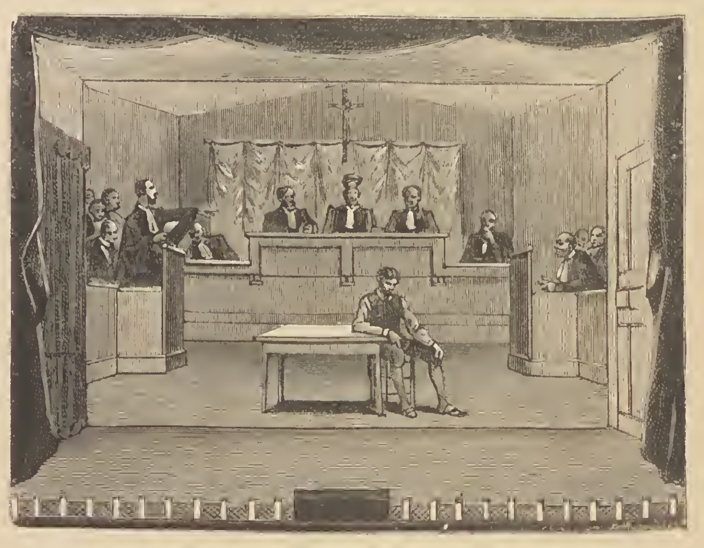


Fig. 2. La misma decoración iluminada por detrás se hace transparente y deja ver la escena representada en el grabado

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LAS MANIOBRAS MILITARES EN CALAF. – MEMORIAS DE UN PRIMER TENIENTE, *por Kal-Aff.* – Estudio de las maniobras últimamente verificadas en Cataluña, escrito con estilo fácil, castizo y elegante, con gran conocimiento de las materias, lugares y sucesos de que trata y en forma de entretenida narración abundante en curiosos episodios.

Es un libro de muy agradable lectura que se vende en las principales librerías al precio de 2 pesetas.

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Hemos recibido los cuadernos 2.° al 6.° de esta importante publicación que confirman el concepto por todo extremo favorable que á la vista del 1.° formamos. Además de los pliegos correspondientes á la brillante Introducción histórica, contienen preciosas fototipias.

Los autores de esta obra, además de haber sustituído las fotografías por fototipias, se proponen introducir en ella otras reformas, como la de aumentar hasta ocho páginas el texto intercalando en éste algunos grabados.

La obra constará de 60 cuadernos, con cada uno de los cuales se reparten dos fototipias, y el precio de cada cuaderno es una peseta.

Se suscribe en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

ALGO DE AGRICULTURA, *por D. Antonio Magriñá.* – Libro interesantísimo, en que se exponen importantes observaciones prácticas y se estudian con gran acierto y con criterio justo los principales problemas agrícolas.

Se vende en las principales librerías, al precio de 3 pesetas.

DOLORAS, *por D. Ramón Campoamor.* – La «Biblioteca selecta» que edita en Valencia D. Pascual Aguilar ha publicado una edición económica de estas inspiradísimas poesías en dos elegantes tomos que se venden al precio de 2 reales uno.



ESTATUA DE LAMARTINE EN MACÓN

Recaredo y la unidad católica, *por D. Modesto Hernández Villaescusa.* – Esta obra histórico-crítica fué presentada en el certamen nacional que el Círculo Tradicionalista de Madrid organizó para conmemorar el XIII centenario de la conversión de Recaredo. Está escrita dentro de las ideas de la más pura ortodoxia y en ella se estudian los principales hechos de nuestra historia, haciendo resaltar la influencia que en los mismos han tenido el Cristianismo y el Catolicismo.

Tratado de química biológica, *por A. Wurtz; versión española con adiciones de D. Vicente Peset Cervera.* – El editor de Valencia D. Pascual Aguilar nos ha remitido el primer cuaderno de esta importante obra, de cuya bondad es garantía el nombre de su autor, el ilustre decano honorario de la Facultad de Medicina de París: la traducción de la misma y las adiciones están hechas por el señor Peset Cervera, doctor en Ciencias físico-químicas y en Medicina y Cirugía y ex director del Laboratorio judicial de Madrid.

La obra, que va profusamente ilustrada, constará de 14 ó 16 cuadernos de 64 páginas, al precio de una peseta cada uno.

Se admiten suscripciones en la librería del editor, calle de Caballeros, número 1, Valencia.

Cantares, *por Doña Eugenia R. Estopa.* – Colección de sentidos cantares y seguidillas gitanas con un bien escrito prólogo de Doña Carolina de Soto y Corro.

Este libro, editado en Gibraltar, se vende al precio de una peseta.

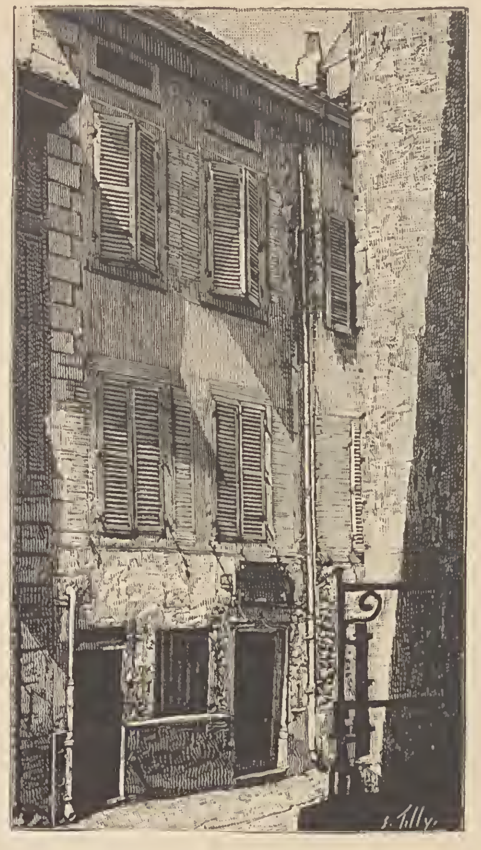
Acuarelas, *por D. E. Sánchez de Fuentes y Peláez.* – Colección de artículos interesantes y primorosamente escritos, que justifican el renombre literario conquistado por el joven y distinguido escritor americano, cuya firma honra con frecuencia las columnas de los más importantes periódicos de la Isla de Cuba.

Acuarelas ha sido publicado en la Habana y se vende al precio de pesos 3.

Novísima legislación hipotecaria anotada y concordada con el Código y con la Ley de Enjuiciamiento Civil, *por D. Cristóbal Bordíu, Registrador de la propiedad.* – Contiene esta importante obra los textos de la Ley y del Reglamento reformados, precedidos por la Exposición de la Comisión de Códigos sobre los motivos y fundamentos de la ley Hipotecaria de 8 de febrero de 1861 y seguida de varios modelos y apéndices con todas las disposiciones complementarias vigentes publicadas dede 1.° de enero de 1863 hasta septiembre de 1890.

El carácter eminentemente práctico que tiene esta obra publicada por la acreditadísima Revista de los Tribunales, la reconocida competencia del señor Bordíu, á cuyo cargo han corrido la compilación así como las notas y comentarios, y la importancia de la materia, hacen de ésta una obra, no sólo útil, sino indispensable para todos cuantos directa ó indirectamente intervienen en la práctica del derecho y en la administración de la justicia, puesto que con ella á la vista fácilmente se resuelven todas las cuestiones importantísimas que con la legislación hipotecaria se relacionan.

Se vende en las principales librerías al precio de 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias.



CASA EN DONDE NACIÓ LAMARTINE

Delirium tremens, *por D. Pedro Barrantes.* Colección de poesías grandiosas unas, impregnadas de sentimiento otras, inspiradas y bien versificadas todas. Son muchas las bellezas que el libro contiene, tanto en lo que se refiere á la forma como por lo que hace al fondo, revelándose en sus composiciones el señor Barrantes como poeta originalísimo y dotado de una imaginación brillante.

El libro va dedicado al Excmo. Sr. D. Joaquín Escrivá de Romaní, marqués de Aguilar, y se vende en las principales librerías al precio de 2 pesetas.

Imp. de Montaner y Simón